



LORENZO VARELA:

Algúns inéditos

Estes manuscritos autógrafos de Lorenzo Varela, inéditos en gran parte, chegaron a estas páxinas grazas á xenerosidade de don **Isaac Díaz Pardo** que desta maneira tamén quere facelos chegar a todos os estudosos e lectores da obra do escritor de Monterroso.

Estes manuscritos autógrafos de Lorenzo Varela, inéditos na súa maior parte, chegaron a esta páxina grazas á xenerosidade de don Isaac Díaz Pardo, que, desta maneira, tamén quere facelos chegar a todos os estudosos e lectores da obra do escritor de Monterroso.

Os debuxos e manuscritos autógrafos que se ofrecen nesta edición proceden dun caderno de 24 cm x 16,5 cm con pastas duras e de 262 páxinas sen numerar. É moi posible que este caderno fose comprado en México por Lorenzo Varela antes da súa viaxe a Buenos Aires, vía Santiago de Chile. Na edición que aquí presentamos respectouse tanto a ortografía como a puntuación do orixinal, mais non así a orde, que foi reestruturada coa finalidade de achegarlle coherencia lóxica e estética que axudase na lectura.

Este caderno recolle unha peza teatral, varias poesías e debuxos que pasamos a describir someramente.

Da peza teatral, La varona, dos caminos, inconclusa e inédita, xa tiñamos noticias a través dalgunhas cartas que Lorenzo Varela intercambia con Luís Seoane.

En canto á poesía, e polo que respecta aos inéditos, temos que salientar a elexía a Miguel Hernández, que como sabemos morreu no cárcere en 1942 e que Lorenzo Varela titula "Así lo mataron"; un poema sen título que comeza polo verso "Nevada muerte en tierras esteparias"; unha serie de carcelarias titulada "Cadena de presas", composta tres poemas, un que comeza polo verso "Penales de piedra y lodo", outro titulado, "María" e un terceiro e último, "Doña Carmen".

Os outros tres poemas que recolle o caderno xa apareceron publicados. Así temos, "Sueños de Grandeza" dedicado a Antonio Sánchez Barbudo, a quen en 1946 lle publica Editorial Nova a narración do mesmo título, o que pon de manifesto que Varela coñecía con moita anterioridade a narración de Sánchez Barbudo; e, "Del cielo y del escombros", dedicado a Arturo Serrano Plaja, que é tamén o título dunha colectánea deste autor publicada por Nuevo Romance en 1943. Os dous poemas aparecen recollidos en Torres de Amor, obra de Lorenzo Varela publicada por Editorial Nova en 1942. Entre estes manuscritos que presentamos hoxe aquí e os publicados existen pequenas variantes textuais. Estamos xa que logo ante o que puido ser un primeiro borrador, anterior á publicación de Editorial Nova.

E finalmente un longo poema que se corresponde con "Atenas", publicado en Correo Literario no ano 1945 e recollido posteriormente en Homaxes. Entre esta versión manuscrita e a que aparece en Correo Literario existen notables diferencias textuais.

Ademais dos textos mencionados arriba, o caderno está ilustrado cunha serie de debuxos que reproducimos na súa totalidade.

En definitiva, un agasallo, porque como di Rafael Dieste de Lorenzo Varela:

"...facerse entender por todo o mundo cando se alude a iso que chamamos humanismo, é facelo a través de imaxes galegas transcendentales..., iso é a universalidade do poeta e con ela a universalidade da súa lingua e do seu país".

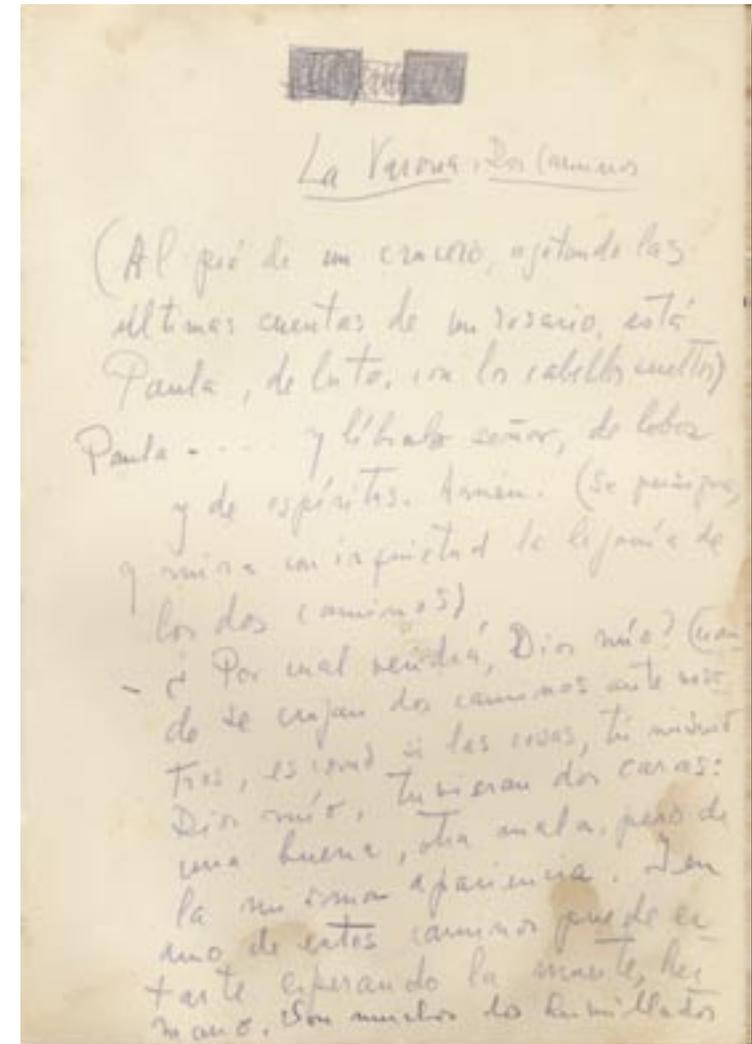


teatro

La Varona, Dos Caminos

(Al pié de un crucero, agotando las últimas cuentas de un rosario, está Paula, de luto, con los cabellos sueltos)

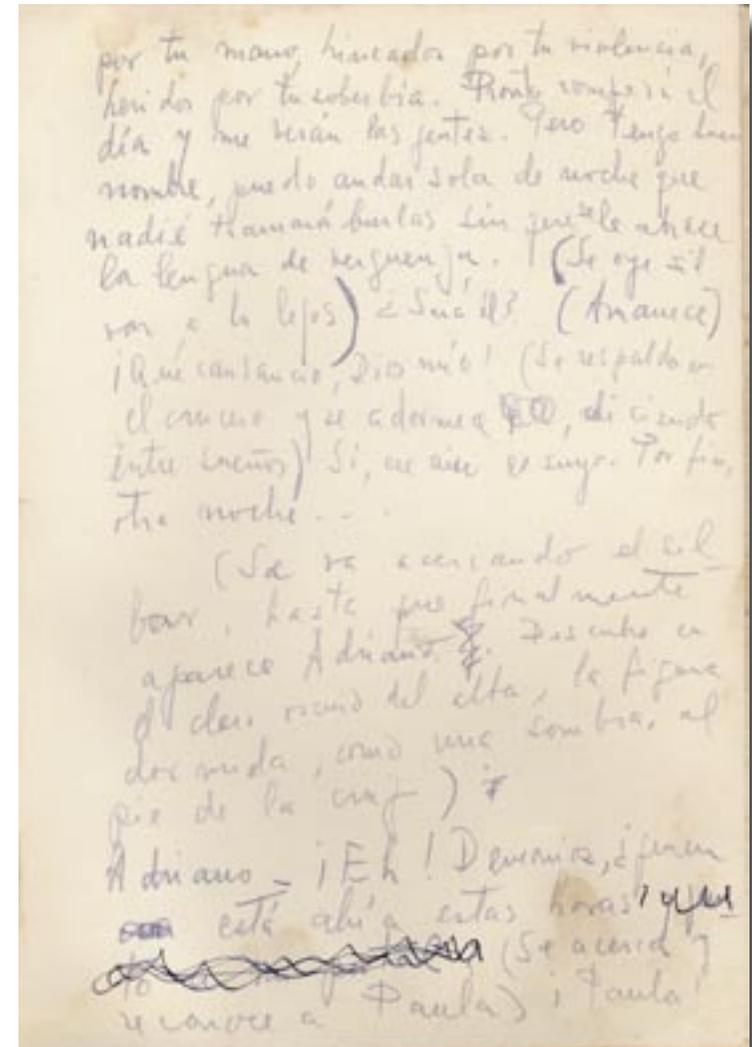
Paula — ... y líbralo señor, de lobos y de espíritus. Amén. (Se persigna, y mira con inquietud la lejanía de los dos caminos)
 — ¿Por cual vendrá, Dios mío? Cuando se cruzan dos caminos ante nosotros, es como si las cosas, tú mismo Dios mío, tuvieran dos caras: una buena, otra mala, pero de la misma apariencia. Y en uno de estos caminos puede estarte esperando la muerte, hermano. Son muchos los humillados



por tu mano, hincados por tu violencia, heridos por tu soberbia. Pronto romperá el día y me verán las gentes. Pero tengo buen nombre, puedo andar sola de noche que nadie tramará burlas sin que se le abrace la lengua de vergüenza. (Se oye silbar a lo lejos) ¿Será él? (Amanece) ¡Qué cansancio, Dios mío! (Se respalda en el crucero y se adormece, diciendo entre sueños) Sí, ese aire es suyo. Por fin, otra noche...

(Se va acercando el silbar, hasta que finalmente aparece Adriano. Descubre en el claro oscuro del alba, la figura dormida, como una sombra, al pie de la cruz).

Adriano – ¡Eh! Demonios, ¿quién está ahí a estas horas? (Se acerca y reconoce a Paula)
 ¡Paula!



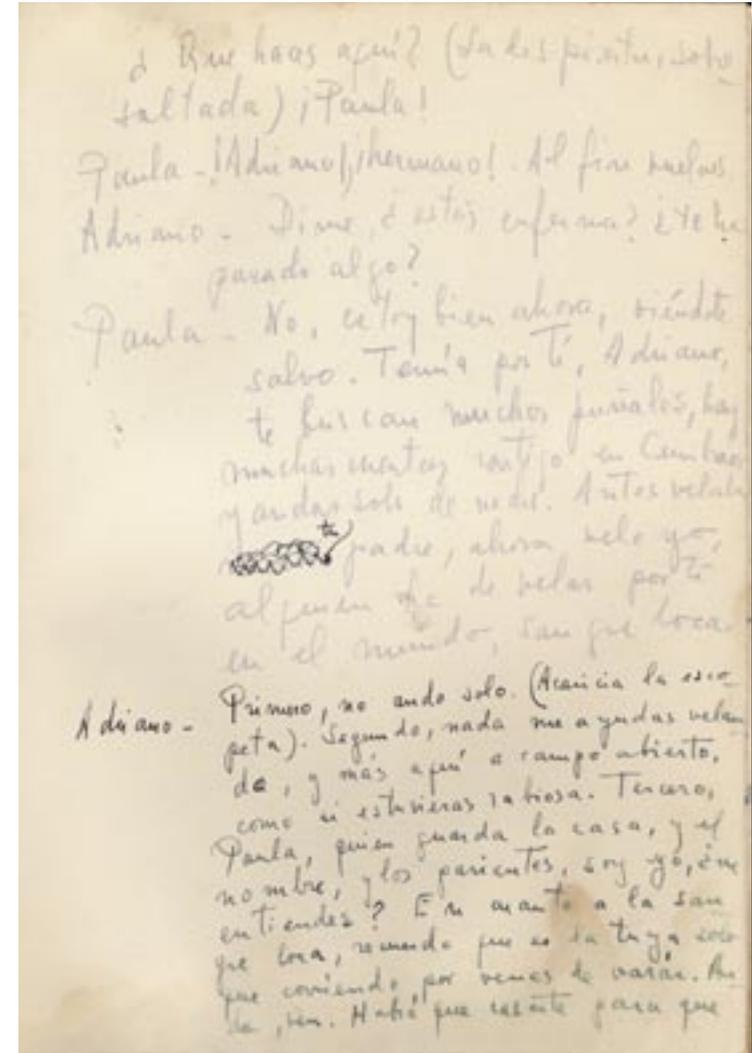
¿Qué haces aquí? (La despierta, sobresaltada) ¡Paula!

Paula – ¡Adriano!, ¡hermano!. Al fin vuelves.

Adriano – Dime, ¿estás enferma? ¿te ha pasado algo?

Paula – No, estoy bien ahora, viéndote salvo. Temía por tí, Adriano, te buscan muchos puñales, hay muchas cuentas contigo en Cumbraos y andas solo de noche. Antes velaba tu padre, ahora velo yo, alguien ha de velar por tí en el mundo, sangre loca.

Adriano – Primero, no ando solo. (Acaricia la escopeta). Segundo, nada me ayudas velando, y más aquí a campo abierto, como si estuvieras rabiosa. Tercero, Paula, quien guarda la casa, y el nombre, y los parientes, soy yo, ¿me entiendes? En cuanto a la sangre loca, recuerda que es la tuya solo que corriendo por venas de varón. Anda, vén. Habrá que casarte para que





se te vayan esas manías. Te estás volviendo Varona.

Paula – ¡Adriano!...

Adriano – Basta. Vamos, que ya es de día..

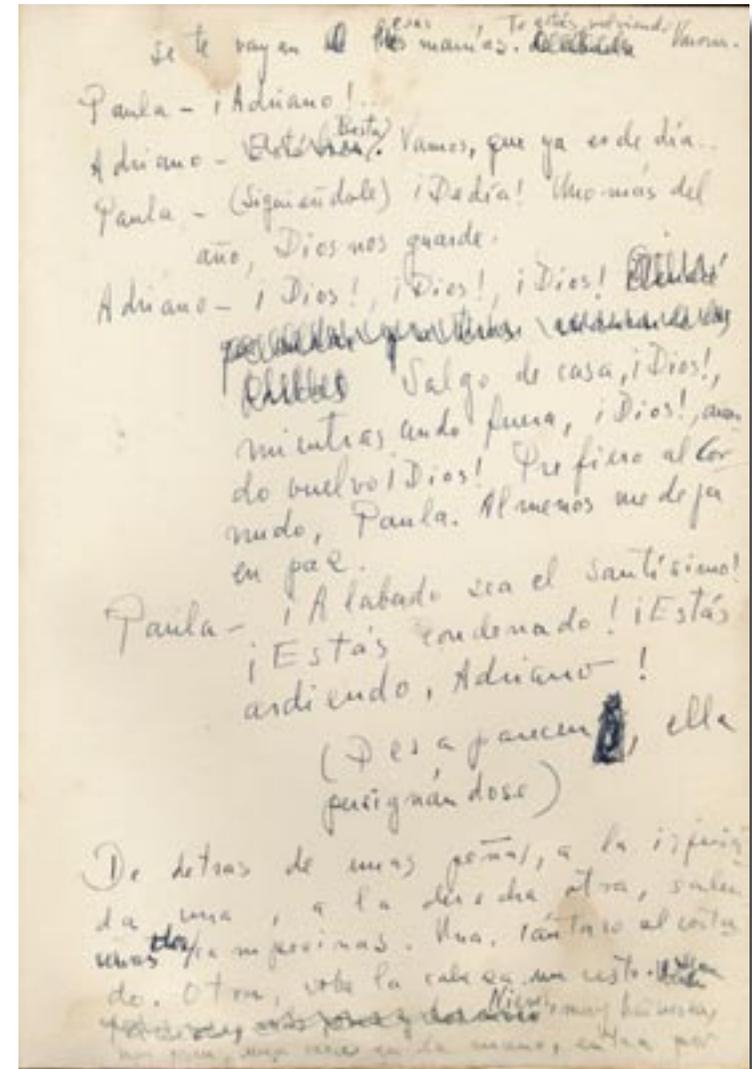
Paula – (Siguiéndole) ¡Dedía! Uno más del año, Dios nos guarde.

Adriano – ¡Dios!, ¡Dios!, ¡Dios! Salgo de casa, ¡Dios!, mientras ando fuera, ¡Dios!, cuando vuelvo ¡Dios! Prefiero al Cornudo, Paula. Al menos me deja en paz.

Paula – ¡Alabado sea el Santísimo! ¡Estás condenado! ¡Estás ardiendo, Adriano!

(Desaparecen, ella persignándose).

De detras de unas peñas, a la izquierda una, a la derecha otra, salen dos campesinas. Una, cántaro al costado. Otra, sobre la cabeza un cesto. Nieves, muy hermosa, muy joven, una vara en la mano, entra por



la derecha, por el camino divergente del que vimos llegar a Adriano. Es ya día)

Camp. 1ª – ¿Estabas aquí?

Camp. 2ª – ¿Y tú?

Camp. 1ª – ¡Pobre Doña Paula!

Camp. 2ª – ¡El Señor la ampare!

Camp. 1ª – Mal anda esta casa desde la muerte del padre.

Camp. 2ª – Y si doña Paula no fuese de caracter ni piedra sobre piedra quedaría.

Camp. 1ª – Pero la está venciendo el peso, que no es para hombros de mujer, ni siquiera para una mujer así.

Nieves (sorprendiéndolas) – ¡Buenos días nos dé Dios!

Camp. 1ª – Santos y buenos.

Camp. 2ª – Buenos sean. ¿Vas a la Casona, Nieves?

Nieves – Allá voy, señora, antes de salir a Monforte.

Camp. 1ª – Pues cuida que el lobo está en su cueva

Nieves – Ni sé que haya allí lobos, ni soy de la majada.

Camp. 2ª – ¡Cata, oveja cata, que a otras tan avisadas y enteras les salió al camino y les probó la garganta siendo día lleno!

la derecha, por el camino divergente del que
vimos llegar a Adriano. Es ya día)

Camp. 1ª – ¿Estabas aquí?
Camp. 2ª – ¿Y tú?
Camp. 1ª – ¡Pobre Doña Paula!
Camp. 2ª – ¡El Señor la ampare!
Camp. 1ª – Mal anda esta casa desde la muerte
del padre.
Camp. 2ª – Y si doña Paula no fuese de caracter
ni piedra sobre piedra quedaría.
Camp. 1ª – Pero la está venciendo el peso, que
no es para hombros de mujer, ni
siquiera para una mujer así.

Nieves (sorprendiéndolas) – ¡Buenos días nos dé Dios!
Camp. 1ª – Santos y buenos.
Camp. 2ª – Buenos sean. ¿Vas a la Casona,
Nieves?
Nieves – Allá voy, señora, antes de salir a
Monforte.
Camp. 1ª – Pues cuida que el lobo
está en su cueva.
Nieves – Ni sé ~~de dónde~~ que haya allí
lobos, ni soy de la majada.
Camp. 2ª – ¡Cata, oveja, cata, que a otras
tan avisadas y enteras les sa-
lió al camino y les probó la
garganta siendo día
lleno!



- Camp. 2^a – Todos los somos
- Lagarta – Quien sabe. Tú sí.
- Camp. 1^a – Yo no necesito proclamarlo
- Lagarta – Nada puse en duda. Pero hay gentes que aunque lo simulen y pongan lindas caras, y buenos modales, no son de bien. Y yo me entiendo.
- Nieves – Queden con Dios, Señoras. Voyme, que me aguarda Doña Paula.
- Lagarta – Con el demonio iba hacia la casona. Apartéme para no apestarme.
- Camp. 2^a – Pues por apartar del diablo, te habrás metido en el infierno.
- Lagarta – Veo que conoces las señales de ese lugar
- Camp. 1^a – Las estas haciendo visibles con esos humos que traes.

Camp. 1^a - Todos lo somos
 Lagarta - Quien sabe. Tú sí.
 Camp. 1^a - Yo no necesito proclamarlo
 Lagarta - Nada puse en duda. Pero hay gentes que aunque lo simulen y pongan lindas caras, y buenos modales, no son de bien. Y yo me entiendo.
 Nieves - Queden con Dios, Señoras. Voyme, que me aguarda Doña Paula.
 Lagarta - Con el demonio iba hacia la casona. Apartéme para no apestarme.
~~Nieves~~
 Camp. 2^a - Pues por apartar del diablo, te habrás metido en el infierno.
 Lagarta - Veo que conoces las señales de ese lugar
 Camp. 1^a - Las estas haciendo visibles con esos humos que traes.

- Lagarta – ¿Vas, pues, en busca del condenado?
- Nieves – Bien sabes tú adonde voy. A esa casa me debo, como mis padres.
- Lagarta – No es lo mismo. Una cosa es ir a misa, y otra calentarle la cama al cura.
- Nieves – Tienes lengua de víbora, ¡comértela debieras para no perderte!
- Camp. 1ª – ¡Lagarta! ¡Lagarta! (Con una piedra te machacara la boca.
- Camp. 2ª – ¡Bruja! ¡Rabuda! ¡Vete!
- Lagarta – ¡Já! ¡Já! ¡Comadronas!
¡Ya la ayudaréis a parir!
- (Se vá, perseguida por las camp.)
- Nieves – ¡Dios me salve!
- Andres (Aparece entre las peñas, presu-

Lagarta - ¿Vas, pues, en busca del
condenado?
Nieves - Bien sabes tú adonde voy. A esa
casa me debo, como mis padres.
Lagarta - No es lo mismo. Una cosa es
ir a misa, y otra calentarle la
cama al cura.
Nieves - Tienes lengua de víbora, ~~debes~~
Lagarta ¡comértela debieras
para no perderte!
Camp. 1ª - ¡Lagarta! ¡Lagarta! (Con
una piedra te machacara
la boca
Camp. 2ª - ¡Bruja! ¡Rabuda! ¡Vete!
Lagarta - ¡Já! ¡Já! ¡Comadronas!
¡Ya la ayudaréis a parir!
Nieves - ¡Dios me salve!
Andres (Aparece entre las peñas, presu-

roso) (Ve a Nieves y se detiene)

Andrés – Oí voces, y entre todas me pareció que la tuya... Dejé el arado... Pero queda el can, que es de fiar, conoce la yunta y le temen... Nieves, estás temblando. –¿Con quien estabas? Esas voces...

Nieves (como despertando) – ¿Voces? No sé, Andres, nada oí.

Andrés – Perdiste la calor y hablas como desde otro mundo, Nieves. (Se acerca a ella y la toma de un brazo) Anda, niña mía, siéntate aquí, (En el reborde de una peña) descansa.

Nieves – ¡Ay Andrés, Andrés!. (Rompe a llorar sobre su hombro).

(Cae el telón)

II Escena

roso) (Ve a Nieves y se detiene)
 Andrés - Oí voces, y entre todas me pareció que la tuya... Dejé el arado... Pero queda el can, que es de fiar, conoce la yunta y le temen... Nieves, estás temblando... ¿Con quien estabas? Esas voces...
 Nieves (como despertando) - ¿Voces? No sé, Andres, nada oí.
 Andrés - Perdiste la calor y hablas como desde otro mundo, Nieves. (Se acerca a ella y la toma de un brazo) Anda, niña mía, siéntate aquí, (En el reborde de una peña) descansa.
 Nieves - ¡Ay Andrés, Andrés!. (Rompe a llorar sobre su hombro).
 (Cae el telón)
II Escena

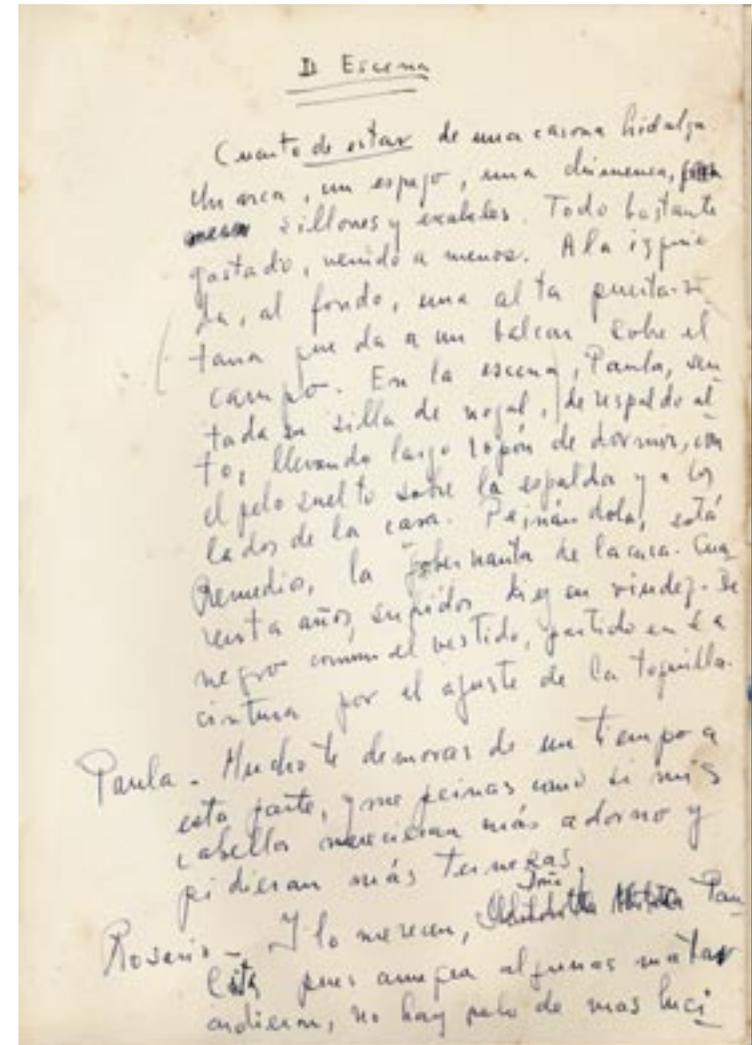


II Escena

Cuarto de estar de una casona hidalga. Un arca, un espejo, una chimenea, sillones y escabeles. Todo bastante gastado, venido a menos. A la izquierda, al fondo, una alta puerta-ventana que da a un balcón sobre el campo. En la escena, Paula, sentada en silla de nogal, de respaldo alto, llevando largo ropón de dormir, con el pelo suelto sobre la espalda y a los lados de la cara. Peinándola, está Remedios, la gobernanta de la casa. Cuarenta años, sufridos diez en viudez. De negro comun el vestido, partido en la cintura por el ajuste de la toquilla.

Paula — Mucho te demoras de un tiempo a esta parte, y me peinas como si mis cabellos merecieran más adorno y pideran más ternezas.

Rosario — Y lo merecen, Doña Paulita, pues aunque algunas matas ardieron, no hay pelo de mas luci-



miento, ni en Cumbras ni en Monforte.

Paula – ¡Calla!, cállate; lambiscona. Bien sé que pronto llevaré sobre mis hombros cuarenta inviernos. Y lo que tú llamas matas ardidadas van siendo robledas enteras, con sus alrededores. Toda la heredad cubierta de ceniza como lo está mí alma, y mis bienes, y mi vida.

Rosario – No, niña Paula. Usted es como los árboles y como los varones de ley, que cuanto más tiempo más brios y buen ver tienen. Y no olvide que no soy solo yo. Usted es la Varona de Cumbras para todos. Y eso es cosa que anda en coplas:

Doña Paula de Cumbras
Nunca hábrá mejor señora
hermosa como mujer
y firme como varona.

cuarenta, ni en Cumbras ni en Monforte.
Paula – ¡Calla!, cállate, lambiscona. Bien sé que pronto llevaré sobre mis hombros cuarenta inviernos. Y lo que tú llamas matas ardidadas van siendo robledas enteras, con sus alrededores. Toda la heredad cubierta de ceniza como lo está mí alma, y mis bienes, y mi vida.
Rosario – No, niña Paula. Usted es como los árboles y como los varones de ley, que cuanto más tiempo más brios y buen ver tienen. Y no olvide que no soy solo yo. Usted es la Varona de Cumbras para todos. Y eso es cosa que anda en coplas:
Doña Paula de Cumbras
Nunca hábrá mejor señora
hermosa como mujer
y firme como varona.

Paula – ¡Señora!, ¡Señora!. Cuanto me duele esa cantiga de los que tanto me quieren! Ni me queda señorío ni he sido nunca señora, Rosario. ¡Solterona! ¡Solterona! ¡Soy señorita, já, já, una señoritinga con muchos refunfuños. ¡Claro que no visto ni vestiré santos, bien lo sabe el Altísimo! Eso nó. ¿A que vestir desnudeces que no ofenden, Rosario? Se lo tengo dicho al señor párroco, que es un alma de Dios. Pero el bendito no me entiende. No sabe más que el pater noster.

Rosario – ¡Jesús!, Señorita! Tampoco lo entiendo yo. Que al cabo un santo es hombre y faltan le harán las ropas.

Paula – Bien, bien, anda, termina ya, que lleva más tiempo poner orden en mí pelo que en mi cabeza. Anda.

Paula – ¡Señora!, ¡Señora!. Cuanto me duele
de esa cantiga de los que tanto me
quieren! Ni me queda señorío ni he
sido nunca señora, Rosario. ¡Solter-
ona! ¡Solterona! ¡Soy señorita, já, já,
una señoritinga con muchos refun-
fuños. ¡Claro que no visto ni vestiré
santos, bien lo sabe el Altísimo!
Eso nó. ¿A que vestir desnudeces
que no ofenden, Rosario? Se lo
tengo dicho al señor párroco, que
es un alma de Dios. Pero el bendi-
to no me entiende. No sabe más
que el pater noster.

Rosario – ¡Jesús!, Señorita!. Tampoco lo en-
tiendo yo. Que al cabo un santo
es hombre y faltan le harán las
ropas.

Paula – Bien, bien, anda, termina
ya, que lleva más tiempo poner
orden en mi pelo que en mi
cabeza. Anda.



(Rosario recoge el pelo y forma el copete con un alto moño. Vá haciéndose más clara la luz del día, pero aun sigue encendido un candelabro en el centro de la larga mesa de nogal, y el misterio de la noche no se ha resuelto aún)

- Paula — ¿Donde está Daniel, Rosario? Quiero que vaya armando la siega, que se viene encima. Dan gloria las cambas y los prados relumbran de verdor.
- Rosario — ¡Ay, señorita! ¿No sabe? El moro rabió esta noche, comenzó a alayar muy doliente, y a brincar echando espuma, y a revolcarse que daba lástima y ponía temor verlo.
- Paula — ¡Pobre moro! Bien lo oí, cuando salí a ver si venía Gabriel, y se me partía el corazón. Poco a poco va muriendo todo lo que recuerda los grandes días de esta casa.
- Rosario — Echole Daniel el solimán y mientras

(Rosario recoge el pelo y forma el copete con un alto moño). Vá haciéndose más clara la luz del día, pero aun sigue encendido un candelabro en el centro de la larga mesa de nogal, y el misterio de la noche no se ha resuelto aún)

Paula — ¿Donde está Daniel, Rosario? Quiero que vaya armando la siega, que se viene encima. Dan gloria las cambas y los prados relumbran de verdor.

Rosario — ¡Ay, señorita! ¿No sabe? El moro rabió esta noche, comenzó a alayar muy doliente, y a brincar echando espuma, y a revolcarse que daba lástima y ponía temor verlo.

Paula — ¡Pobre moro! Bien lo oí, cuando salí a ver si venía Gabriel, y se me partía el corazón. Poco a poco va muriendo todo lo que recuerda los grandes días de esta casa.

Rosario — Echole Daniel el solimán y mientras

que agonice llevó a Nieves hasta el camino de Monforte. Anda caviloso. Ya sabe cuanto quería al Moro.

Paula – ¡Y todos! Todos menos Gabriel, que no lo mató alguna noche cuando ladraba de gozo al oírlo llegar, por no darme pena. Mas grandes penas me ha dado y me dá, pero me evitó esa.

Rosario – Ahí anda Ramón, señorita.. (Se acerca a la puerta de la izquierda). ¡Ramón! Ven que quiere hablarte Doña Paula.

Paula – ¿Vas hoy a Lousada?

Rosario – A mediodía salgo, señora.

Paula – Pues pasate por la casa de mi tío Gabriel, y dile que ha muerto el moro. Y si tiene un buen perro que nos los mande.

Daniel (entrando) – ¡Me llamaba, señora? Ya sabrá... (Pone un dogal y el frasco de veneno en la mesa).

Uña tiene esta el camino de Monforte. De camino.
 # fue a juro. Ya sabe cuanto quería al Moro.
 Paula – ¡Y todos! Todos menos Gabriel, que no lo mató alguna noche cuando ladraba de gozo al oírlo llegar, por no darme pena. Mas grandes penas me ha dado y me dá, pero me evitó esa.
 Rosario – Ahí anda Ramón, señorita.. (Se acerca a la puerta de la izquierda). ¡Ramón! Ven que quiere hablarte Doña Paula.
 Paula – ¿Vas hoy a Lousada?
 Rosario – A mediodía salgo, señora.
 Paula – Pues pasate por la casa de mi tío Gabriel, y dile que ha muerto el moro. Y si tiene un buen perro que nos los mande.
 Daniel (entrando) – ¡Me llamaba, señora? Ya sabrá... (Pone un dogal y el frasco de veneno en la mesa).

Paula – Ya sé. Quiero que avises para la siega y pongas día a los labradores. (Toma el dogal, de la mesa, pensativa). ¿Sufrió mucho el pobre?

Daniel – No, doña Paula, es certero el solimán.
(Los tres se quedan mirando el dogal)

Paula (Reaccionando) – ¿A qué aguardais? ¿A que resucite el can? ¡Enterradlo junto al castaño del tondal).

(Vanse los dos criados por la izquierda).

Paula (Acariciando el dogal) – ¡Moro!, morito mío!
¡También tú me dejas, a solas, con mis desgracia. Y el loco de tu dueño, ese condenado de Adriano, fuera de la casa. ¿Qué demonios irá hacer? ¿Habrá vuelto a reñir, Dios mío? ¿Estará jugando el último vaso de plata de esta casa a una carta enemiga? ¡Adria-

Paula - Ya sé. Quiero que avises para la siega y pongas día a los labradores. (Toma el dogal, de la mesa, pensativa). ¿Sufrió mucho el pobre?

~~Daniel~~
Daniel - No, doña Paula, es certero el solimán.
(Los tres se quedan mirando el dogal)

Paula (Reaccionando) - ¿A qué aguardais? ¿A que resucite el can? ¡Enterradlo junto al castaño del tondal).
(Vanse los dos criados por la izquierda).

Paula (Acariciando el dogal) - ¡Moro!, morito mío! ~~¡Moro!~~ También tú me dejas, a solas, con mis desgracia. Y el loco de tu dueño, ese condenado de Adriano, fuera de la casa. ¿Qué demonios irá hacer? ¿Habrá vuelto a reñir, Dios mío? ¿Estará jugando el último vaso de plata de esta casa a una carta enemiga? ¡Adria-

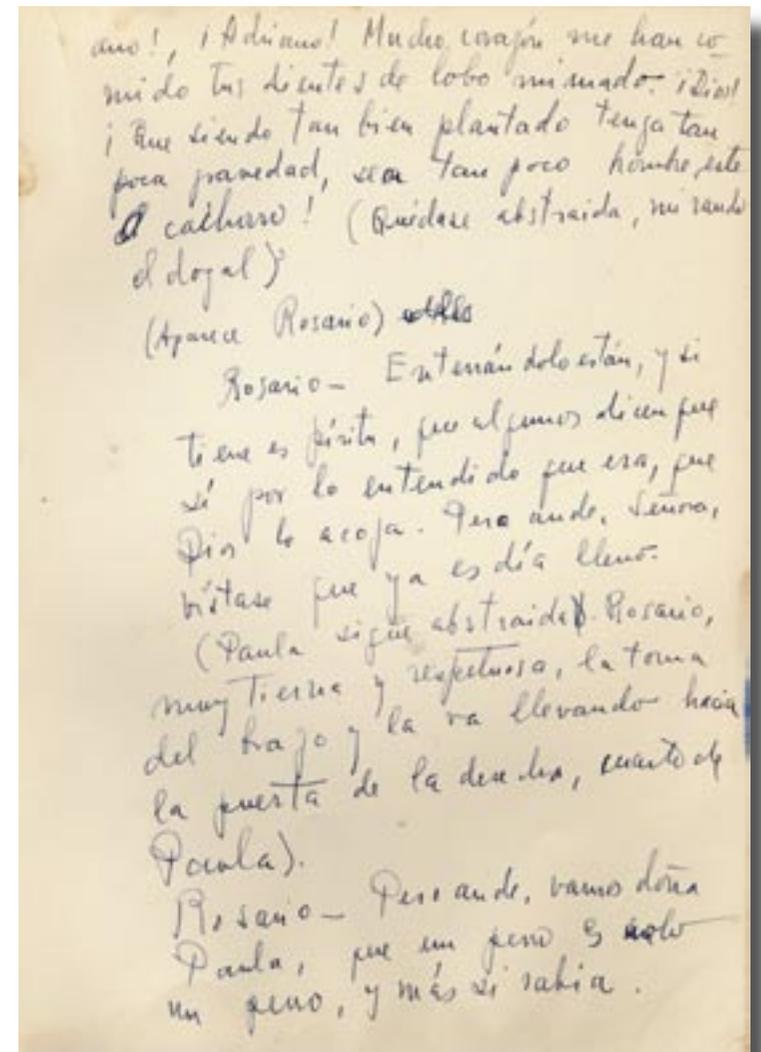
ano!, ¡Adriano! Mucho corazón me han comido tus dientes de lobo mimado. ¡Dios! ¡Que siendo tan bien plantado tenga tan poca gravedad, sea tan poco hombre este cachorro! (Quédase abstraída, mirando el dogal)

(Aparece Rosario)

Rosario – Enterrándolo están, y si tiene espíritu, que algunos dicen que sí por lo entendido que era, que Dios lo acoja. Pero ande, Señora, vístase que ya es día lleno.

(Paula sigue abstraída. Rosario, muy tierna y respetuosa, la toma del brazo y la va llevando hacia la puerta de la derecha, cuarto de Paula).

Rosario – Pero ande, vamos doña Paula, que un perro es solo un perro, y más si rabia.





- Paula – (Dejándose llevar) – No comprendes Rosario. Un perro es un perro y no es un perro. No, tú no comprendes. (Desaparecen).
- Entran Filomena y Juan, labradores de la casa, con mucho sigilo.
- Filomena – (Adelantada). No está, Juan. Alégame de no verla tan de pronto.
- Juan – Aguardemos, en su cuarto estará y con Rosario, que no la hemos visto en toda la casa.
- Filomena – Mejor sería decírselo antes a ella, que la entiende mejor, y Doña Paula la tiene más estima.
- Juan – No podemos esperar. ¿Y si es de gravedad?
- Filomena – Pues díselo tú entonces, y yo me voy, que aquí no me

Paula - (Dejándose llevar) - No comprendes Rosario. Un perro es un perro y no es un perro. No, tú no comprendes. (Desaparecen).

Entran Filomena y Juan, labradores de la casa, con mucho sigilo.

Filomena. (Adelantada) No está, Juan. Alégame de no verla tan de pronto.

Juan - Aguardemos, en su cuarto estará y con Rosario, que no la hemos visto en toda la casa.

Filomena - Mejor sería decírselo antes a ella, que la entiende mejor, y Doña Paula la tiene más estima.

Juan - No podemos esperar. ¿Y si es de gravedad?

Filomena - Pues díselo tú entonces y yo me voy, que aquí no me

- llaman.
- Juan – (Tomándola del brazo) Te llamo yo, y a gritos si quieres (alzando un poco más la voz y haciendo pantalla con la mano libre) ¡Filomenaaa!
- Filomena – ¡Jesús! ¡Que está la señora en el cuarto vecino!
- Juan – No nos oirá. Y si no te hablo aquí, tanto corres que no te alcanzo.
- (Ella se desprende y va hacia la puerta, pero Juan salta y se planta ante ella, los brazos abiertos.)
- Filomena – Mira, Juan, que llamo (Juan avanza hacia ella) ¡Que llamo!. (Juan se detiene)
- Juan – Pero mujer, ¿tanta mala fé me tienes? ¿Quién metió en tu cabeza esas intenciones? Dime Filomena! ¿Tan pronto dejaste de quererme? Hace tres días que no doy contigo por más que te procure.
- Filomena – Vé, anda, vé con María de Castroverde a la romería, llevala sobre

llaman.

Juan - (Tomándola del brazo) Te llamo yo, y a gritos si quieres (alzando un poco más la voz y haciendo pantalla con la mano libre) ¡Filomenaaa!

Filomena - ¡Jesús! ¡Que está la señora en el cuarto ~~del~~ vecino!

Juan - No nos oirá. Y si no te hablo aquí, tanto corres que no te alcanzo.

(Ella se desprende y va hacia la puerta, pero Juan salta y se planta ante ella, los brazos abiertos.)

Filomena - Mira, Juan, que llamo. (Juan avanza hacia ella) ¡Que llamo! (Juan se detiene)

Juan - Pero mujer, ¿tanta mala fé me tienes? ¿Quién metió en tu cabeza esas intenciones? Dime Filomena! ¿Tan pronto dejaste de quererme? Hace tres días que no doy contigo por más que te procure.

Filomena - Vé, anda, vé con María de Castroverde a la romería, llevala sobre



tu bestia con muchas carantoñas. Y cuando pase la fiesta, Filomenita por aquí, Filomenita por allá, y la mano mas cariñosa aún que la palabra. (Pegándole en la mano de el que busca su hombro) Como me pongas la mano encima te....

Juan – Filomena, que esto es serio. Ya maquiné que lagarto arnáo te ha picado. El baldragas de Luis de Xirigal, ¿no? ¡Que me lleve el demonio si no le parto la crisma! Ya lo he de bendecir yo a ese Judas cuando lo tenga al alcance del palo.

Filomena – (Acercándose a él, asustada) Eres capaz, Lucifer, eres capaz. Pero como lo señales, mira, para mí, como si estuvieras enterrado.

Juan – No digas eso, Filomena. ¿Y porqué levanta falsos testimonios ese rosquillero, ese derretido?

Filomena – ¿Y las otras eran tambien falsos testimonios? Falsas son, que

Tu bestia con muchas carantoñas. Y cuando pase la fiesta, Filomenita por aquí, Filomenita por allá, y la mano mas cariñosa aún que la palabra. (Pegándole en la mano de el que busca su hombro) Como me pongas la mano encima te....

Juan – Filomena, que esto es serio. Ya maquiné que lagarto arnáo te ha picado. El baldragas de Luis de Xirigal, ¿no? ¡Que me lleve el demonio si no le parto la crisma! Ya lo he de bendecir yo a ese Judas cuando lo tenga al alcance del palo.

Filomena – (Acercándose a él, asustada) Eres capaz, Lucifer, eres capaz. Pero como lo señales, mira, para mí, como si estuvieras enterrado.

Juan – No digas eso, Filomena. ¿Y porqué levanta falsos testimonios ese rosquillero, ese derretido?

Filomena – ¿Y las otras eran tambien falsos testimonios? Falsas son, que

no tienes vergüenza. Hablar bien hablas, melero, pero ¿y la Aurea del Crucero, la Carmen de Leburey, la...?

Juan – Tén Filomena, tén mujer. Ya te juré que todo eso no eran mas que divertimientos...

Filomena – ¡Divertimientos! ¡Sí, sí!, y con muchos perendengues, de día por los pajares y saltando de noche por las ventanas, desalmado. Que lo que pasa es que eres un castrón, y entre las cabras debías andar, por esos montes y sin cuerda, ¡Castrón! ¡Castrón de todo un rebaño!

Juan – Filomenita..

Filomena – (Prestando atención) No hables.. Parece que oigo pasos en el cuarto. ¿Y qué le diremos, Juan? Porque a ciencia cierta nada sabemos.

Juan – Pues a ciencia cierta sabemos que

no tienen vergüenza. Hablar bien hablas, melero, pero ¿y la Aurea del Crucero, la Carmen de Leburey, la...?

Juan – Tén Filomena, tén mujer. Ya te juré que todo eso no eran mas que divertimientos...

Filomena – ¡Divertimientos! ¡Sí, sí!, y con muchos perendengues, ^{de noche} por los pajares y saltando por las ventanas, desalmado. Que lo que pasa es que eres un castrón, y entre las cabras debías andar, por esos montes y sin cuerda, ¡Castrón! ¡Castrón de todo un rebaño!

Juan – Filomenita..

Filomena – ~~Relle~~ (Prestando atención) No hables.. Parece que oigo pasos en el cuarto. ¿Y qué le diremos, Juan? Porque a ciencia cierta nada sabemos.

Juan – Pues a ciencia cierta sabemos que

- merecía morir, aunque no haya sido nada.
- Filomena – Algo habrá sido, que Andres es hombre de vara.
- Juan – Puñal parece que usó esta vez.
- Filomena – Llevaría el de la casa arma de fuego.
- Juan – Bien seguro. Adriano de Cumbras se acuesta con la escopeta y con ella se levanta, y no tiene otra ley.
- Filomena – Si no tuviera esos arranques qué buen señor sería, como su padre en paz descanse.
- Juan – Pero salió de mala casta, y la hombría en esta casa la tiene la mujer. Doña Paula es la imagen de los Cumbras antiguos. Sin ella quedaría esta raza desmentida. En fin, digámosle lo que nos dijeron, que ya es

merecía morir, aunque no haya sido nada.

Filomena - Algo habrá sido, que Andres es hombre de vara.

Juan - Puñal parece que usó esta vez.

Filomena - Llevaría el ~~de la casa~~ arma de fuego.

Juan - Bien seguro. Adriano de Cumbras se acuesta con la escopeta y con ella se levanta, y no tiene otra ley.

Filomena - Si no tuviera esos arranques qué buen señor sería, como su padre en paz descanse.

Juan - Pero salió de mala casta, y la hombría en esta casa la tiene la mujer. Doña Paula es la imagen de los Cumbras antiguos. Sin ella quedaría esta ~~raza~~ raza desmentida. En fin, digámosle lo que nos dijeron, que ya es



bastante.

(Entra Rosario)

Filomena – ¡Rosario! Malas nuevas traemos.

Rosario – ¡Dime! ¡Habla! ¿Es de Adriano? ¿Es de nuestro...?

Juan – De él se trata, Filomena. Dicen que herido le llevan a Monforte, al parecer de mano de Andres, el de Otero. A causa de Nieves...

Rosario – Pero, anda, dime la verdad, ¿malherido?. ¡Señor qué desgracia!

Juan – Nada más sabía Pedro, que fué quien trajo la noticia.

Filomena – Díselo tú a Doña Paula, Rosario.

Juan – Será mejor. Tú la consolarás de los destrozos de ese...

Filomena – ¡No hables mal de tu amo,

bastante.
 (Entra Rosario)
 Filomena
 Filomena – ¡Rosario! Malas nuevas traemos.
 Rosario – ¡Dime! ¡Habla! ¿Es de Adriano? ¿Es de nuestro...?
 Juan – De él se trata, Filomena. Dicen que herido le llevan a Monforte, al parecer de mano de Andres, el de Otero. A causa de Nieves...
 Rosario – Pero, anda, dime la verdad, ¿malherido?. ¡Señor qué desgracia!
 Juan – Nada más sabía Pedro, que fué quien trajo la noticia.
 Filomena – Díselo tú a Doña Paula, Rosario.
 Juan – Será mejor. Tú la consolarás de los destrozos de ese...
 Filomena – ¡No hables mal de tu amo,

pastor!

Filomena – No sigas, Juan. ¡Por Doña Paula!

Juan – ¡Por ella callaré! Mas cuando vuelva él, saldré yo de aquí, a servir donde quede honra.

Rosario – ¡Aquí la hay, Juan! mientras la dueña pise esta casa. Y si eres leal, también a tí te toca defenderla. ¡Recuerda que Doña Paula de Cumbraos defiende la de todos!

Juan – No diré mas, descuida, que nací con firmeza y sé cuando tiene que callar un hombre aunque las palabras le muerdan las entrañas.

Filomena – Pero bajad la voz, que os va oír.

Paula (entrando) – ¿A qué viene esos gritos? ¿Es que rabió alguien mas esta

pastor!

Filomena – No sigas, Juan. ¡Por Doña Paula!

Juan – ¡Por ella callaré! Mas cuando vuelva él, saldré yo de aquí, a servir donde quede honra.

Rosario – ¡Aquí la hay, Juan! mientras la dueña pise esta casa. Y si eres leal, también a tí te toca defenderla. ¡Recuerda que Doña Paula de Cumbraos defiende la de todos!

Juan – No diré mas, descuida, que nací con firmeza y sé cuando tiene que callar un hombre aunque las palabras le muerdan las entrañas.

Filomena – Pero bajad la voz, que os va oír.

Paula (entrando) – ¿A qué viene esos gritos? ¿Es que rabió alguien mas esta

noche? Juan, Filomena, ¿que es esto?
(Todos miran al suelo, sobrecogidos).
¿Qué pasa aquí? ¡Hablad!

- Juan – El señor... nos dijeron...
- Paula – ¡Adriano!
- Juan – Lo llevaron a Monforte, herido.
- Paula – ¡Oh! ¿No me mientes? ¿Di? ¡Dilo! ¿Está vivo?
- Juan – Si señora. No ha de ser tan grave Pedro dice que lo han de traer hoy mismo, que lo llevaron a Monforte porque era más rápida la cura.
- Rosario – Riñas de mozos, señora. No es muerte.
- Paula – ¡Riñas de mozos! ¿Y quien fué el traidor? ¡Rosario! Prepara su cuarto. Y tú Filomena, que vaya Ramon a Monforte con la caballería, a traerlo. (Acercándose, agitada, a Juan) ¡Dí! ¿Quien fué el traidor?
- Juan (callando al principio). No fué

noche? Juan, Filomena, ¿que es esto? (Todos miran al suelo, sobrecogidos). ¿Qué pasa aquí? ¡Hablad!

Juan – El señor... nos dijeron...

Paula – ¡Adriano! ¿Qué le pasó?

Juan – Lo llevaron a Monforte, herido.

Paula – ¡Oh! ¿No me mientes? ¿Di? ¡Dilo! ¿Está vivo?

Juan – Si señora. No ha de ser tan grave Pedro dice que lo han de traer hoy mismo, que lo llevaron a Monforte porque era más rápida la cura.

Rosario – Riñas de mozos, señora. No es muerte.

Paula – ¡Riñas de mozos! ¿Y quien fué el traidor? ¡Rosario! Prepara su cuarto. Y tú Filomena, que vaya Ramon a Monforte con la caballería, a traerlo. (Acercándose, agitada, a Juan) ¡Dí! ¿Quien fué el traidor?

Juan (callando al principio). No fué



un traidor, Señora, fué Andres de Otero.

Paula – ¿Andres? ¡Nieves!

Juan – Por Nieves, sí. Quiso Don Adriano

Paula – No sigas. (Sentándose). Ya basta...
Déjame sola...

(Juan sigue, por la izquierda, a Filomena y Rosario, que salían).

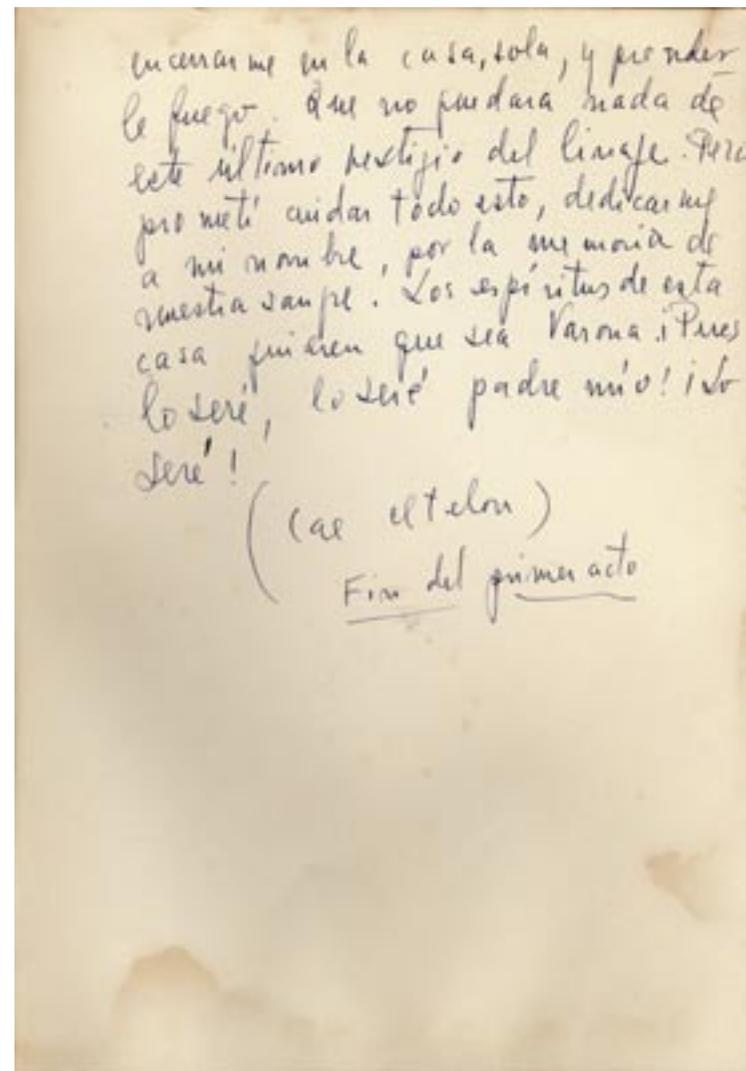
¡Padre! ¡Padre! ¿Tendré fuerzas para hacer tu voluntad? ¿Por qué habré nacido mujer, porqué, si me destinan a gobernar mi raza? La herencia se derrumba bajo los cascos del último jinete de Cumbráos. Le arde en la sangre el fuego de la casta, pero su alma es de macho cabrío, sin reglas, de monte a monte... ¡Adriano! ¡Adriano! Solo para tí soy aun mujer, para tí que soy aun mujer, para tí que es para quien quiero tener pulsos de hombre, como los de tu padre. ¡Ah!, a veces quisiera

un traidor, Señora, fué Andres de Otero.
Paula – ¿Andres? ¡Nieves!
Juan – Por Nieves, sí. Quiso Don Adriano
Paula. No sigas. (Sentándose). Ya basta...
Déjame sola...
(Juan sigue, por la izquierda,
a Filomena y Rosario, que salían).
¡Padre! ¡Padre! ¿Tendré fuerzas
para hacer tu voluntad? ¿Por qué habré nacido
mujer, porqué, si me destinan a gobernar
mi raza? La herencia se derrumba
bajo los cascos del último jinete de
Cumbráos. Le arde en la sangre el
fuego de la casta, pero su alma es
de macho cabrío, sin reglas, de monte
a monte... ¡Adriano! ¡Adriano! Solo
para tí soy aun mujer, para tí que
soy aun mujer, para tí que es para quien
quiero tener pulsos de hombre, como los de tu
padre. ¡Ah!, a veces quisiera

encerrarme en a casa, sola, y prenderle
fuego. Que no quedara nada de este
último vestigio del linaje. Pero prometí
cuidar todo esto, dedicarme a mi nombre,
por la memoria de nuestra sangre. Los
espíritus de esta casa quieren que sea
Varona. ¡Pues lo seré, lo seré padre mío!
¡Lo seré!

(Cae el telon)

Fin del primer acto



II Acto

(Mirador de la casona hacia los valles y montes. Asiento circular de piedra. A la izquierda el barandal de la casa del que sale como un puente hacia el mirador un camino de piedra y verja de hierro. Macetas de rosas. Madreselva. Jara en flor)

Paula, sola en escena, arreglando las macetas. Entra Nieves.

Nieves – ¿Mandó que me llamasen Doña Paula?

Paula (Alegre y tierna) – Sí, paloma, niña mía. (La toma del talle) ¡Qué bien se te vé! ¡Qué hermosa estás (Deprendiendola, y tomándola por brazo, de frente, aireando con la otra mano los cabellos de nieves.) En verdad, que Dios perdonará las tentaciones de los hombres si te ha mirado bien. Quiero que estés conmigo, Nieves, que me alegres los ojos con tu lozanía,

II Acto
 (Mirador de la casona hacia los valles y montes. Asiento circular de piedra. A la izquierda el barandal de la casa del que sale como un puente hacia el mirador un camino de piedra y verja de hierro. Macetas de rosas. Madreselva. Jara en flor)
 Paula, sola en escena, arreglando las macetas. Entra Nieves.
 Nieves – ¿Mandó que me llamasen Doña Paula?
 Paula (Alegre y tierna) – Sí, paloma, niña mía (La toma del talle) ¡Qué bien se te vé! ¡Qué hermosa estás (Deprendiendola, y tomándola por brazo, de frente, aireando con la otra mano los cabellos de nieves.) En verdad, que Dios perdonará las tentaciones de los hombres si te ha mirado bien. Quiero que estés conmigo, Nieves, que me alegres los ojos con tu lozanía,



y pongas un hilo de frescor en la tela severa de la casona. No está en casa el gavilán, se fué a la corte, y para cuando regrese ya se habrá olvidado todo. Me prometió ser padrino de tus bodas con Andres. Yo seré la madrina, claro. Pero mientras quiero que me acompañes, que olvides el agravio, que me quieras como antes, a mí y a la casona. Pero, no respondes Nieves.

Nieves – Tengo fé en la señora y todos mis temores y dudas se me van cuando habla. Si callo es porque con su autoridad parece llenar mi silencio como quisiera hacerlo yo.

Paula – No está bien que en vispera de bodas estés sola en tu casa. Andres tiene abiertas las puertas de la mía, cuando baje del monte. Nadie lo prenderá en mi solar, y espero pronto la orden que me concedió Gabriel para que lo dejen

y pongas un hilo de frescor en la tela severa de la casona. No está en casa el gavilán, se fué a la corte, y para cuando regrese ya se habrá olvidado todo. Me prometió ser padrino de tus bodas con Andres. Yo seré la madrina, claro. Pero mientras quiero que me acompañes, que olvides el agravio, que me quieras como antes, a mí y a la casona. Pero, no respondes Nieves.

Nieves – Tengo fé en la señora y todos mis temores y dudas se me van cuando habla. Si callo es porque con su autoridad parece llenar mi silencio como quisiera hacerlo yo.

Paula – No está bien que en vispera de bodas estés sola en tu casa. Andres tiene abiertas las puertas de la mía, cuando baje del monte. Nadie lo prenderá en mi solar, y espero pronto la orden que me concedió Gabriel para que lo dejen

en libertad. Las torpezas de mozo no le han de hacer perder la nobleza, ni le ofuscaran venganzas imposibles en el cumplimiento generoso del deber. Y si alguna desconfianza os nublase aun los días en la casona a tí o a Andrés, aquí estoy yo, Nieves.

Nieves – Aquí se criaron mis padres, y yo aquí me crié, Doña Paula. A esta casa pertenezco mientras me quiera con honra.

Paula – Bien. Le dirás a Andrés la nueva, y no dejes que resuelva sin hablar conmigo.

Nieves – Así lo haré (Vase Nieves, a quien acompaña Paula hasta el puentecillo)

Paula – Toma, toma unas rosas para tu pecho y para tu pelo. Que vea Andrés su derrota junto a tu cuerpo, y eso que son las rosas mas hermosas de Monforte. ¡Ah!, y cuidate si vas al monte,

en libertad. Las torpezas ~~de~~ de mozo no le han de hacer perder la nobleza, ni le ofuscaran venganzas imposibles en el cumplimiento generoso del deber. Y si alguna desconfianza os nublase aun los días en la casona a tí o a Andrés, aquí estoy yo, Nieves.

Nieves – Aquí se criaron mis padres, y yo aquí me crié, Doña Paula. A esta casa pertenezco mientras me quiera con honra.

Paula – Bien. Le dirás a Andrés la nueva, y no dejes que resuelva sin hablar conmigo.

Nieves – Así lo haré. (Vase Nieves, a quien acompaña Paula hasta el puentecillo)

Paula – Toma, toma unas rosas para tu pecho y para tu pelo. Que vea Andrés su derrota junto a tu cuerpo, y eso que son las rosas mas hermosas de Monforte. ¡Ah!, y cuidate si vas al monte,

que me han dicho que anda gente de armas por el contorno. No sé qué guerras o qué calamidades traman. Aunque no es de temer según dicen.

(Antes de desaparecer Nieves, aparece sobre el barandal, (la muchacha se inclina respetuosamente, el padre apenas le hace un gesto benevolente, el cura párroco, Don Martin)

Don Martin – ¡Que desgracia, señora mía, qué desgracia!

Paula (Yendo a su encuentro) – Sosegaos, Don Martin; sosegáos, que pareceis anunciar el fin del mundo

Don Martin – ¡Perdonad, Doña Paula! No lo será del mundo, si el Altísimo quiere, pero si de España.

Paula – Graves cosas suceden para decir eso. Pero decid pronto que pasa.

Don Martin – Los franceses, señora, que iban para Portugal, y al llegar a Madrid nos atacaron a traición. Y está España partida, mitad con

que me han dicho que anda gente de armas por el contorno. No sé qué guerras o qué calamidades traman. Aunque no es de temer según dicen.

(Antes de desaparecer Nieves, aparece sobre el barandal (la muchacha se inclina respetuosamente, el padre apenas le hace un gesto benevolente, el cura párroco, Don Martin)

Don Martin – ¡Que desgracia, señora mía, qué desgracia!

Paula (Yendo a su encuentro) – Sosegaos, Don Martin; sosegáos, que pareceis anunciar el fin del mundo

Don Martin – ¡Perdonad, Doña Paula! No lo será del mundo, si el Altísimo quiere, pero si de España.

Paula – Graves cosas suceden para decir eso. Pero decid pronto que pasa.

Don Martin – Los franceses, señora, que iban para Portugal, y al llegar a Madrid nos atacaron a traición. Y está España partida, mitad con



Bonaparte, entre ellos nuestro Rey que Dios bendiga, y mitad clamando independencia, con mucha gente de armas y señoría y curia al frente.

Paula – Entonces los del monte no eran gavilla como se decía.

Dⁿ. Martin – No y sí. Nada se sabe señora. En las guerras se confunden las gavillas más siniestras con las tropas de mas honor.

Paula – Y Gabriel en la corte ¿Qué hacemos aquí? ¿Que hacen en Monforte?

Dⁿ. Martin – El conde está de parte del Rey y de los franceses. Pero los hidalgos de Monforte se alzaron y van sobre la villa con gran tropa de labradores.

Bonaparte, entre ellos nuestro Rey que Dios bendiga, y mitad clamando independencia, con mucha gente de armas y señoría y curia al frente.

Paula – Entonces los del monte no eran gavilla como se decía.

Dⁿ Martin – No y sí. Nada se sabe señora. En las guerras se confunden las gavillas más siniestras con las tropas de mas honor.

Paula – Y Gabriel en la corte. ¿Qué hacemos aquí? ¿Que hacen en Monforte?

Dⁿ Martin – El conde está de parte del Rey y de los franceses. Pero los hidalgos de Monforte se alzaron y van sobre la villa con gran tropa de labradores.

Paula – ¡Dios! ¿Y qué pensais vos, Don Martin?

Dⁿ. Martin (sorprendido) – ¿Yo? Nada dijo aun el obispado. Pero con el Rey, señora, con el Rey. Lo que él haga, hecho está. Del otro lado hay mucha turba. Aunque dicen que los franceses son francmasones y adoran al demonio. Pero cuando su Católica Majestad pacta con ellos, no serán las cosas así.

Paula – Habéis dicho que atacaron a traición. ¿No iban a Portugal? ¿Porqué levantan guerra en España?

Dⁿ. Martin – Sí, es cierto que.. Pero nada se sabe. Esperemos y roguemos a Dios por España, Señora.

Paula – Cosas de hombres son estas. Pero cuando hay una traición, y se divi-

Paula - ¡Dios! ¿A qué pensais vos, Don Martin?

Dⁿ Martin (sorprendido) - ¿Yo? Nada dijo aun el obispado. Pero con el Rey, señora, con el Rey. Lo que él haga, hecho está. Del otro lado hay mucha turba. Aunque dicen que los franceses son ^{francmasones} ~~francmasones~~ y adoran al demonio. Pero cuando su Católica Majestad pacta con ellos, no serán las cosas así.

Paula - Habéis dicho que atacaron a traición. ¿No iban a Portugal? ¿Por qué levantan guerra en España?

Dⁿ Martin - Sí, es cierto que.. Pero nada se sabe. Esperemos ~~esperemos~~ y roguemos a Dios por España, Señora.

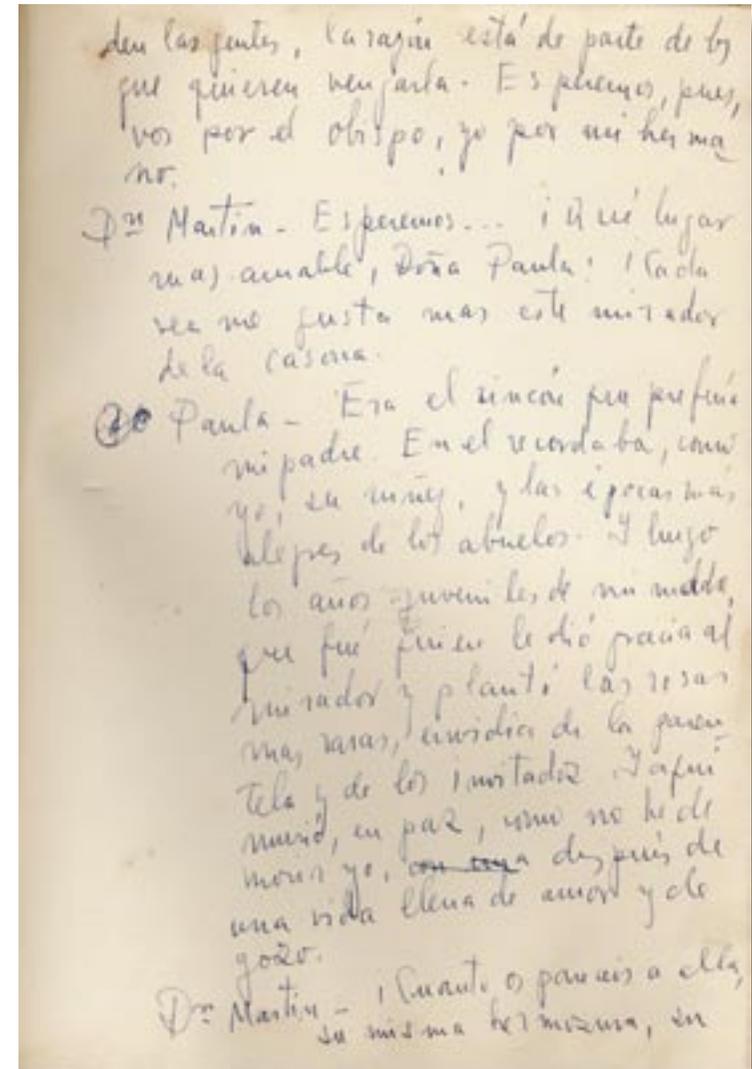
Paula - Cosas de hombres son estas. Pero cuando hay una traición, y se divi-

den las gentes, la razón está de parte de los que quieren vengarla. Esperemos, pues, vos por el Obispo, yo por mi hermano.

Dⁿ. Martin – Esperemos... ¡Qué lugar mas amable, Doña Paula! ¡Cada vez me gusta mas este mirador de la casona.

Paula – Era el rincón que prefería mi padre. En el recordaba, como yo, su niñez, y las épocas más alegres de los abuelos. Y luego los años juveniles de mi madre, que fué quien le dió gracia al mirador y plantó las rosas mas raras, envidia de la parentela y de los invitados. Y aquí murió, en paz, como no he de morir yo, después de una vida llena de amor y de gozo.

Dⁿ. Martin – ¡Cuanto os pareceis a ella, su misma hermosura, su

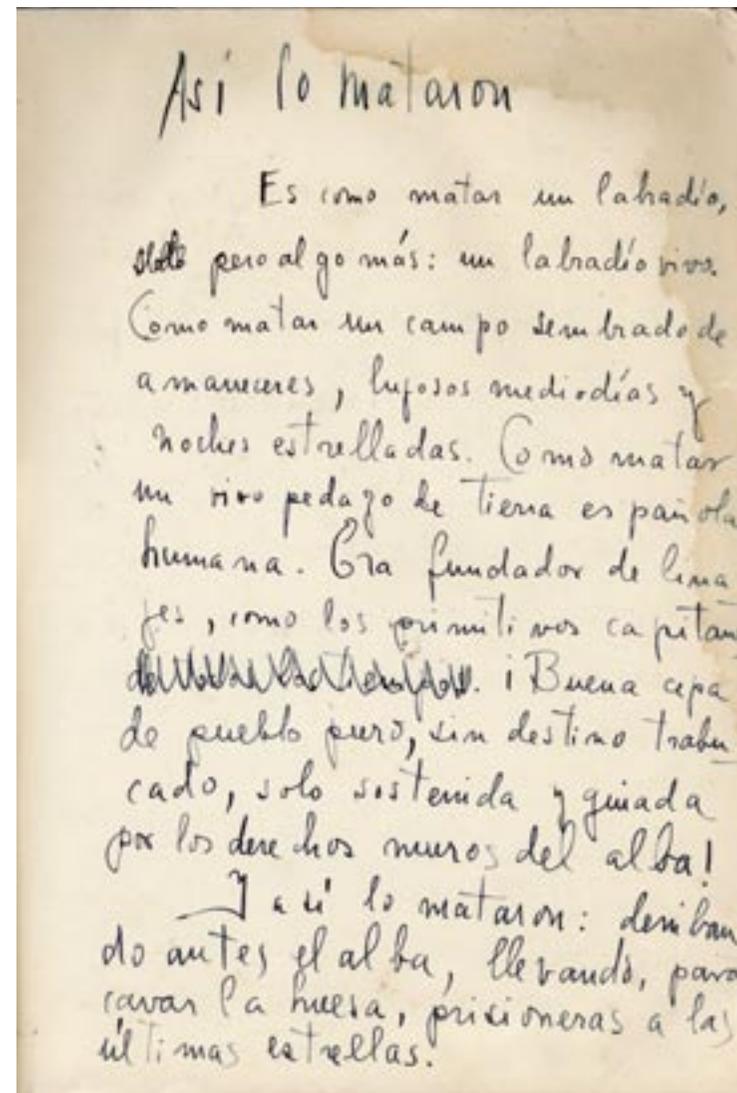




Así lo mataron

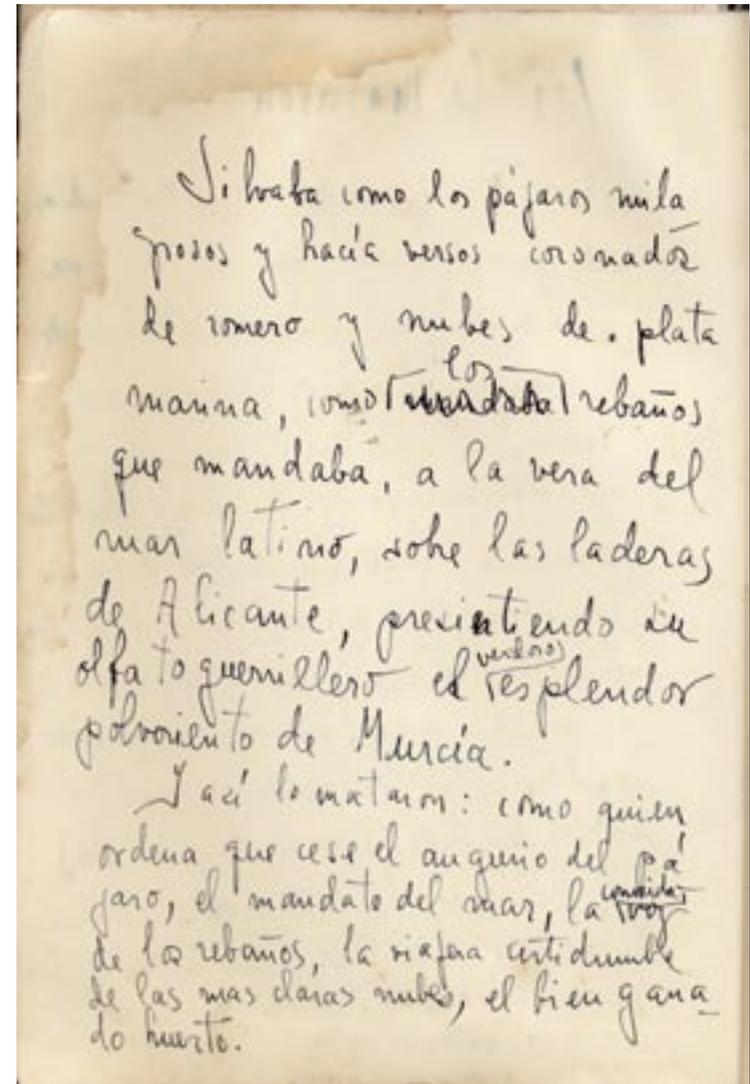
Es como matar un labradío,
pero algo más: un labradío vivo.
Como matar un campo sembrado de
amaneceres, lujosos mediodías y
noches estrelladas. Como matar
un vivo pedazo de tierra española
humana. Era fundador de lina-
jes, como los primitivos capitanes.
¡Buena cepa
de pueblo puro, sin destino trabu-
cado, solo sostenida y guiada
por los derechos muros del alba!

Y así lo mataron: derriban-
do antes el alba, llevando, para
cavar la huesa, prisioneras a las
últimas estrellas.



Silvaba como los pájaros milagrosos y hacía versos coronados de romero y nubes de plata marina, como los rebaños que mandaba, a la vera del mar latino, sobre las laderas de Alicante, presintiendo su olfato guerrillero el verdoso esplendor polvoriento de Murcia.

Y así lo mataron: como quien ordena que cese el augurio del pájaro, el mandato del mar, la conocida voz de los rebaños, la viajera certidumbre de las mas claras nubes, el bien ganado huerto.

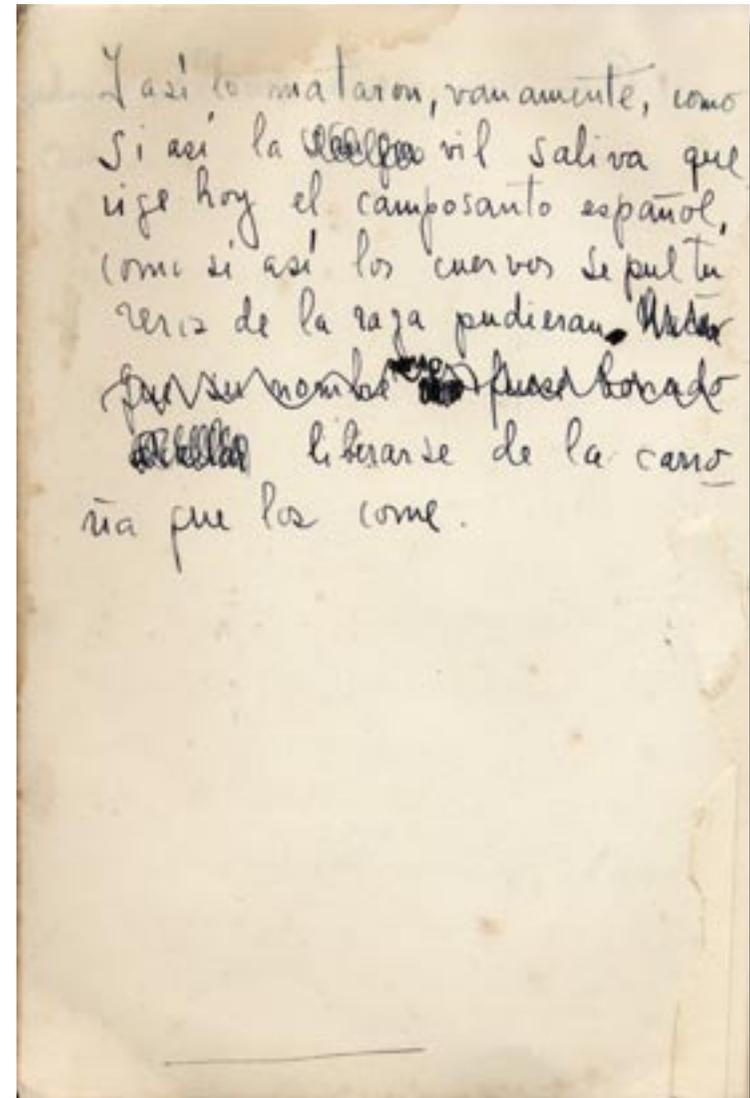


¡Bien seguro estoy que hay cumbres
y campanarios, playas y caminos
romanos, y negros toros vírgenes
como tus ojos poderosos,
que maldicen las lechuzas que sopla-
ron esa llama perpetua que
te alumbraba el corazón!

Mas, aunque nos abraze las ma-
nos, recogeremos esa antorcha
de maduras espigas que segaron a
tus pulmones; ella será
nuestro lucero hasta que el
alba, enterrada contigo,
pastor, se levante y
serene los fieles perros ovejeros
y ahuyente los lobos que hoy sacian
su sequía en las venas de España!

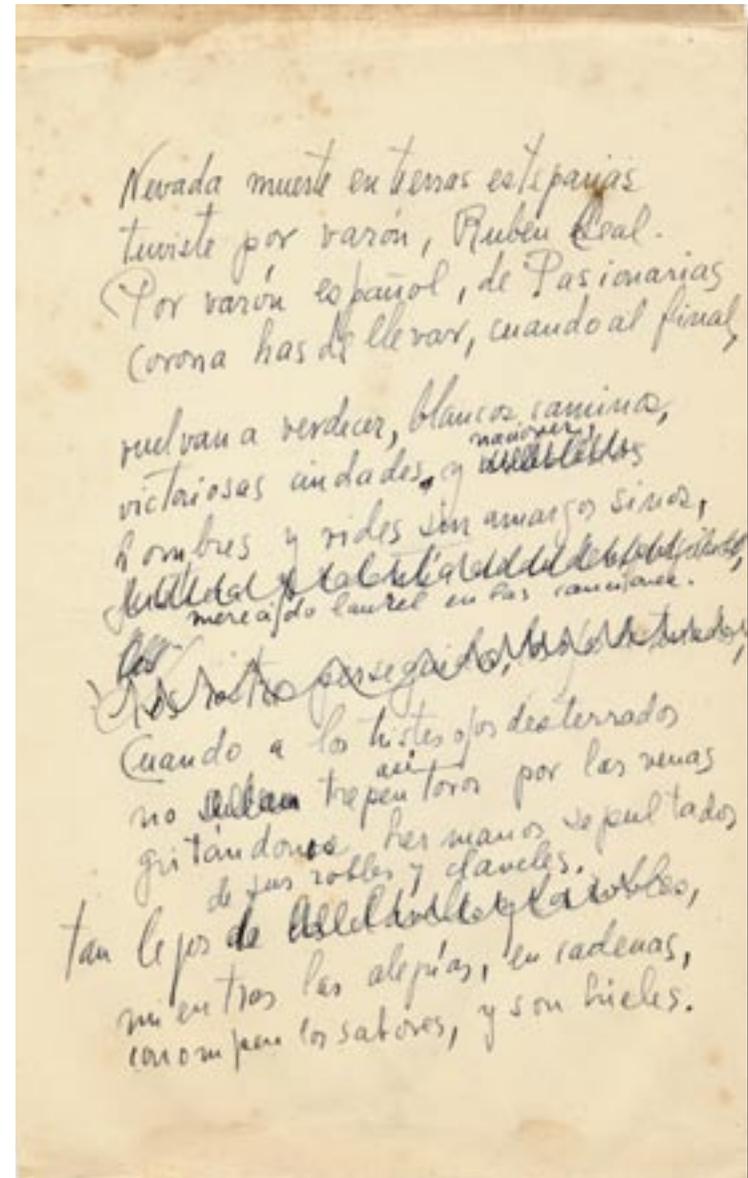
¡ Bien seguro estoy que hay cumbres
y campanarios, playas y caminos
romanos, y negros toros vírgenes,
como tus ojos poderosos, que
maldicen las lechuzas que sopla-
ron esa llama perpetua que
te alumbraba el corazón!
Mas, aunque nos abraze las ma-
nos, recogeremos esa antorcha
de ^{maduras} espigas, que segaron a
tus pulmones; y ella será
nuestro lucero hasta que el
alba, enterrada contigo,
~~el~~ ~~pastor~~ ~~se~~ ~~levante~~ ~~y~~
serene los fieles perros ovejeros
y ahuyente los lobos que hoy sacian
su sequía en las venas de España!

Y así lo mataron, vanamente, como
 si así la vil saliva que
 rige hoy el camposanto español,
 como si así los cuervos sepultu-
 rería de la raza pudieran
 liberarse de la carro-
 ña que los come.



[Sen título]

Nevada muerte en tierras esteparias
 tuviste por vazón, Rubén leal.
 Por varón español, de Pasionarias
 corona has de llevar, cuando al final,
 vuelvan a verdecer, blancos caminos,
 victoriosas ciudades y naciones,
 hombres y vides sin amargos sinos,
 merecido laurel en las canciones.
 Cuando a los tristes ojos desterrados
 no trepen así toros por las venas
 gritándose hermanos sepultados
 tan lejos de sus robles y claveles.
 Tan lejos,
 mientras las alegrías, en cadenas,
 corrompen los sabores, y son hieles.



Sueños de grandeza

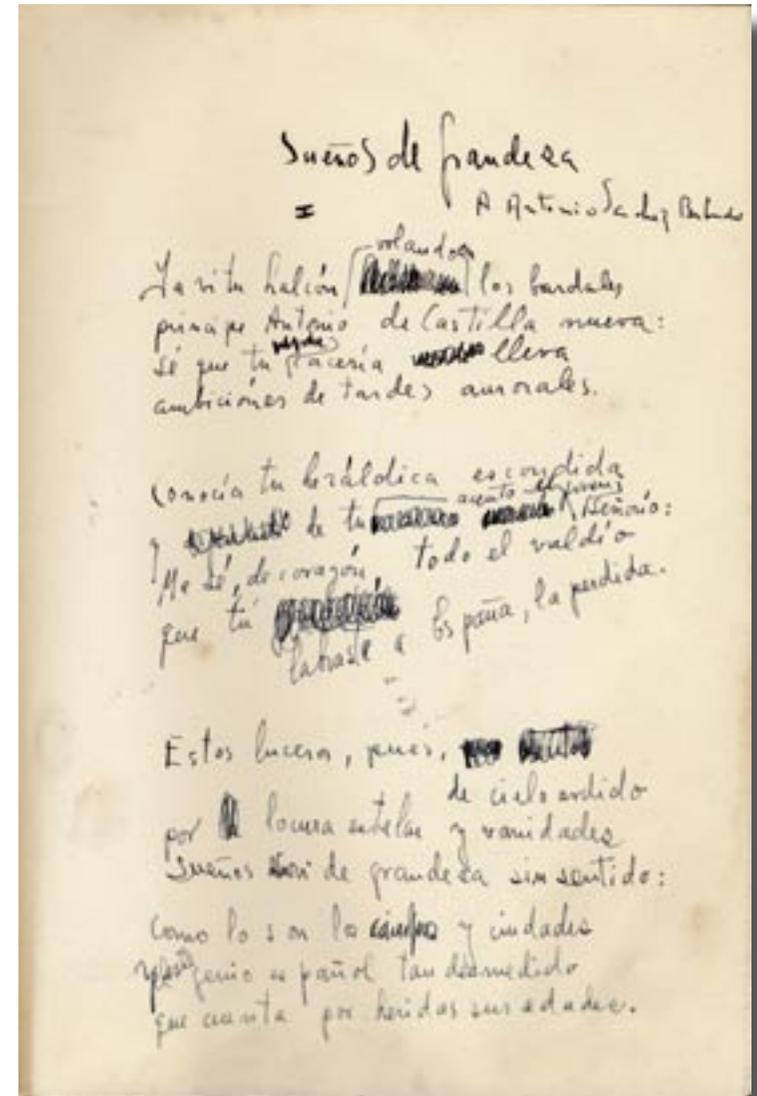
A Antonio Sánchez Barbudo

Ya ví tu halcón volando en los bardales
príncipe Antonio de Castilla nueva:
sé que tu verde cacería lleva
ambiciones de tardes aurorales.

Conocía tu heráldica escondida
y de tu acento el joven señorío:
Me sé, de corazón, todo el valdío
que tú labraste a España, la perdida.

Estos luceros, pues, de cielo ardido
por locura estelar y vanidades
sueños son de grandeza sin sentido:

Como lo son los campos y ciudades
y este genio español tan desmedido
que cuenta por heridas sus edades.



Del cielo y del escombros

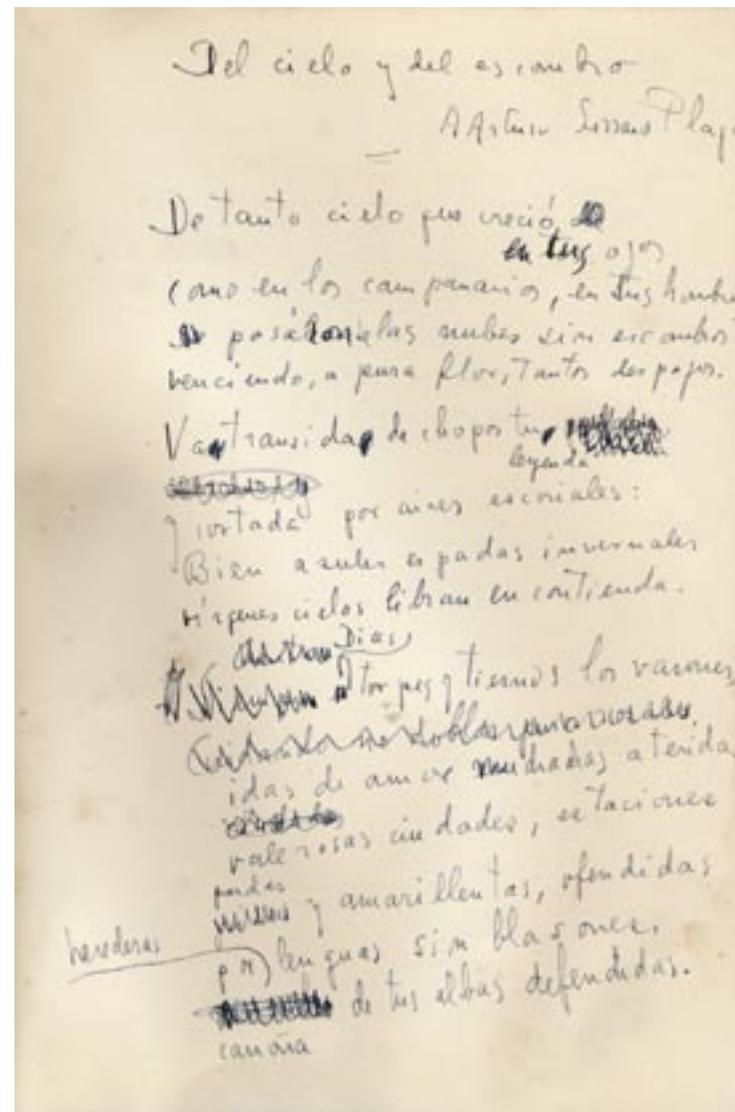
A Arturo Serrano Plaja

De tanto cielo que creció en tus ojos
como en los campanarios, en tus hombros,
posáronse las nubes sin escombros
venciendo, a pura flor, tantos despojos.

Va transida de chopos tu leyenda
y cortada por aires escoriales:
Bien azules espadas invernales
vírgenes cielos libran en contienda.

Dices torpes y tiernos los varones,
idas de amor muchachas ateridas
valerosas ciudades, estaciones

pardas y amarillentas, ofendidas
por herederas lenguas sin blasones,
carroña de tus albas defendidas.



[Sen título]

Penales de piedra y lodo
 viejos penales de España,
 viejos y sin corazón,
 con la justicia gastada.
 Están hechas de tristuras,
 desesperada estas cartas,
 y brama el odio en sus letras
 y luce el odio en sus armas:
 contra vuestros muros torpes
 han de chocar como espadas
 ¡No olvideis, los carceleros,
 que si las torres de Ocaña,
 porque no son torres nuestras
 son fuertes y bien labradas,
 los aceros de los odios
 no los resisten corazas!
 Y no hay muralla en Chinchilla,
 color de hierro sin alma,
 que tenga polvo tan duro,
 ni puertas tan condenadas
 sin cerraduras y llaves

Penales de piedra y lodo
 viejos penales de España,
 viejos y sin corazón,
 con la justicia gastada.
 Están hechas de tristuras,
 desesperada estas cartas,
 y brama el odio en sus letras
 y luce el odio en sus armas:
 contra vuestros muros torpes
 han de chocar como espadas
 ¡No olvideis, los carceleros,
 que si las torres de Ocaña,
 son fuertes y bien labradas,
 los aceros de los odios
 no los resisten corazas!
 Y no hay muralla en Chinchilla,
 color de hierro sin alma,
 que tenga polvo tan duro,
 ni puertas tan condenadas
 sin cerraduras y llaves



Cadena de presas

I

María

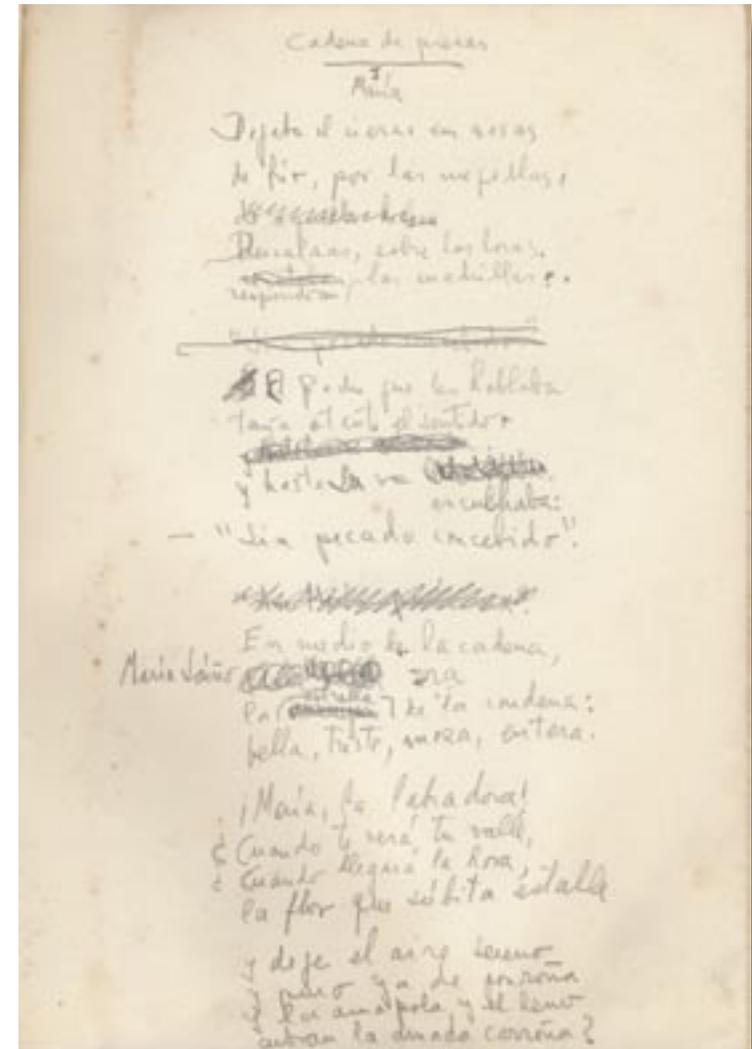
Dejaba el cierzo sus rosas
de frío, por las mejillas.
Descalzas, sobre las losas,
respondían las cuadrillas.

El Padre que les hablaba
tenía atento el sentido.
Y hasta su voz escuchaba:
-“Sin pecado concebido”.

En medio de la cadena,
María Láño era
la estrella de la condena:
bella, triste, moza, entera.

¡María, la labradora!
¿Cuándo te verá tu valle,
¿Cuándo llegará la hora,
la flor que súbita estalle

y deje el aire sereno
y puro ya de ponzoña
y la amapola y el heno
cubran la amada carroña?



1

María la campesina,
 cuerpo de cántaro.
 María tiene, tenía,
 risa de espuma marina,
 voz de mañanita fría.

2

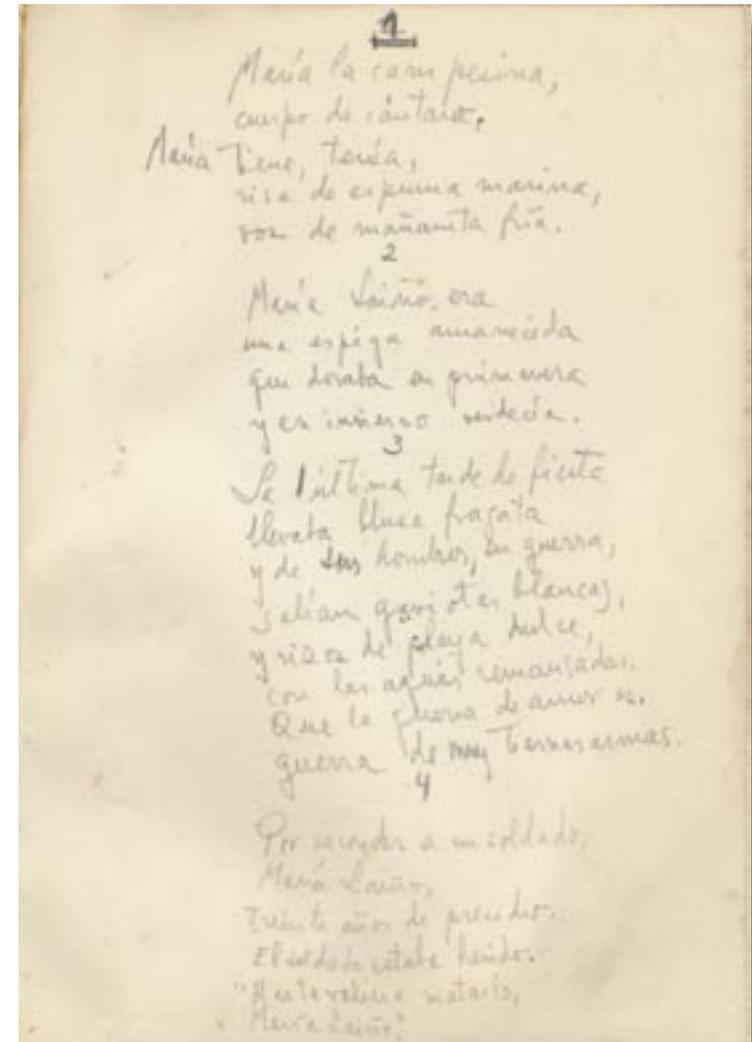
María Laiño era
 una espiga amanecida
 que doraba en primavera
 y en invierno verdecía.

3

La última tarde de fiesta
 llevaba blusa fragata
 y de sus hombros en guerra,
 salían gaviotas blancas,
 y rizos de playa dulce,
 con las aguas remansadas.
 Que la guerra de amor es,
 guerra de muy tiernas armas.

4

Por esconder a un soldado,
 María Laiño,
 treinta años de presidio.
 El soldado estaba herido.
 "Mas te valiera matarlo,
 María Laiño",



te dicen los carceleros.
 Ya lo mataron tus penas.
 Tus penas y tus recuerdos.

Doña Carmen

--

Alba era la cabeza,
 y tan niño el corazón
 que le jugaba en los ojos
 buscando su pedición.

--

Cincuenta otoños de oro
 y uno de repentina y dulce nieve:
 Doña Carmen de Toro.
 Tan breve,
 que no pare cumbre de desnieve.
 Cuando suelta el cabello

te dicen los carceleros.
 Ya lo mataron tus penas.
 Tus penas y tus recuerdos.

Doña Carmen

Alba era la cabeza,
 y tan ^{niño} ~~niño~~ el corazón
 que le jugaba en los ojos
 buscando su pedición.

~~Cincuenta~~

Cincuenta otoños de oro
 y uno de ~~oro~~
 repentina y dulce nieve:

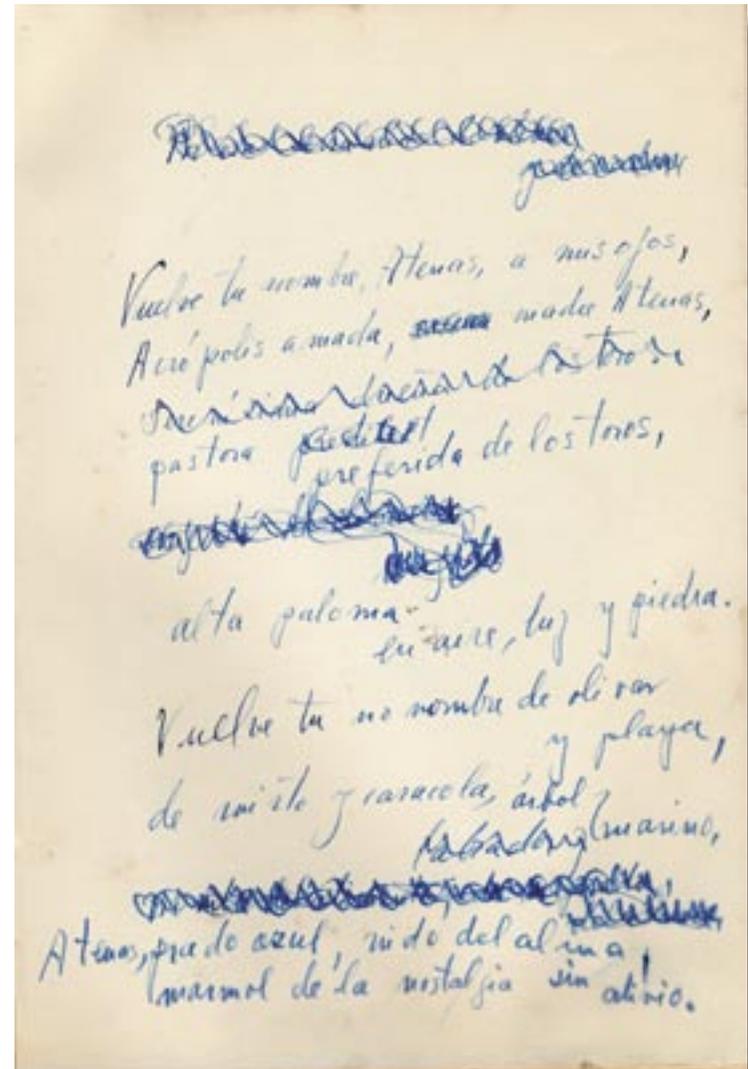
Doña Carmen de Toro.

Tan breve,
 que no pare cumbre de desnieve.
 Cuando suelta el cabello



[Atenas]

Vuelve tu nombre, Atenas, a mis ojos,
 Acrópolis amada, madre Atenas,
 pastora preferida de los toros,
 alta paloma en aire, luz y piedra.
 Vuelve tu no nombre de olivar
 y playa,
 de mirto y caracola,
 árbol marino,
 Atenas, prado azul, nido del alma,
 marmol de la nostalgia sin alivio.



De bronce en flor vuelve tu nombre
 Atenas
 pastora melancólica de Europa.
 Fatigada de lauros
 y de guerras,
 ciega de luz la frente seductora,
 parecías sin vida, desmayada,
 echarte en esa muerte del olvido,
 huesa común de glorias derrotadas
 solo apoyadas en un viejo libro.
 tus rebaños huyeron de tu
 muerte
 cuando ya vieron muda tu sonrisa,
 y bramando llegaron a Occidente
 perdidos de tus manos y sin guía.

De bronce en flor vuelve tu nombre
 Atenas
 pastora melancólica de Europa.
 Fatigada de lauros
 y de guerras,
 ciega de luz la frente seductora,
 parecías sin vida, desmayada,
 echarte en esa muerte del olvido,
 huesa común de glorias derrotadas
 solo apoyadas en un viejo libro.
 tus rebaños huyeron de tu
 muerte
 cuando ya vieron muda tu sonrisa,
 y bramando llegaron a Occidente
 perdidos de tus manos y sin guía.

Mas hoy la piedra de tu nombre

habla

nuevamente con voz de escudo herido

con rumorosa sangre se declara

nuevamente tu ley y tu destino.

Tienen los bueyes

negros otra vez

entrañas de victoria, amargamente.

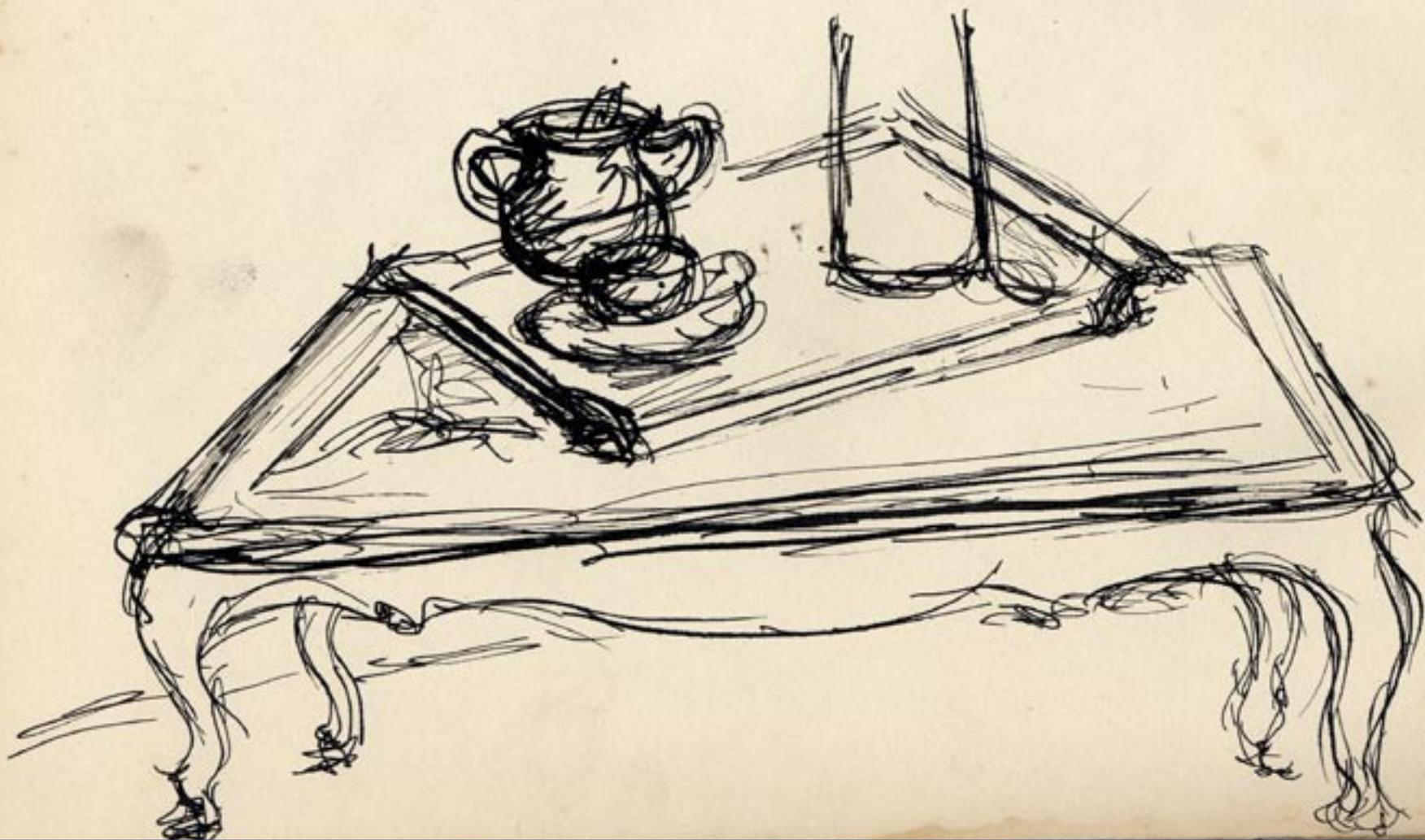
y llevan los veleros

un vai ven

coronado de estrellas en las sienas.

~~Mas hoy la piedra de tu nombre~~
 Mas hoy la piedra de tu nombre
 nueva mente con voz de escudo herido ^{habla}
 con rumorosa sangre se declara
 nuevam ente tu ley y tu destino.

T. eny ~~el escudo~~
 los fueyes
 entrañas de victoria, ^{negros otra vez} amargamente.
 y ~~los veleros~~ ^{llevan} ~~los veleros~~
 coronado de estrellas ^{un vai ven} en las sienas.



Deja que te pronuncie
 en estos días
 de dolor y de guerra y de esperanza
 sagrado nombre
 de la diosa antigua
 Atenas del aceite y de la hogaza.

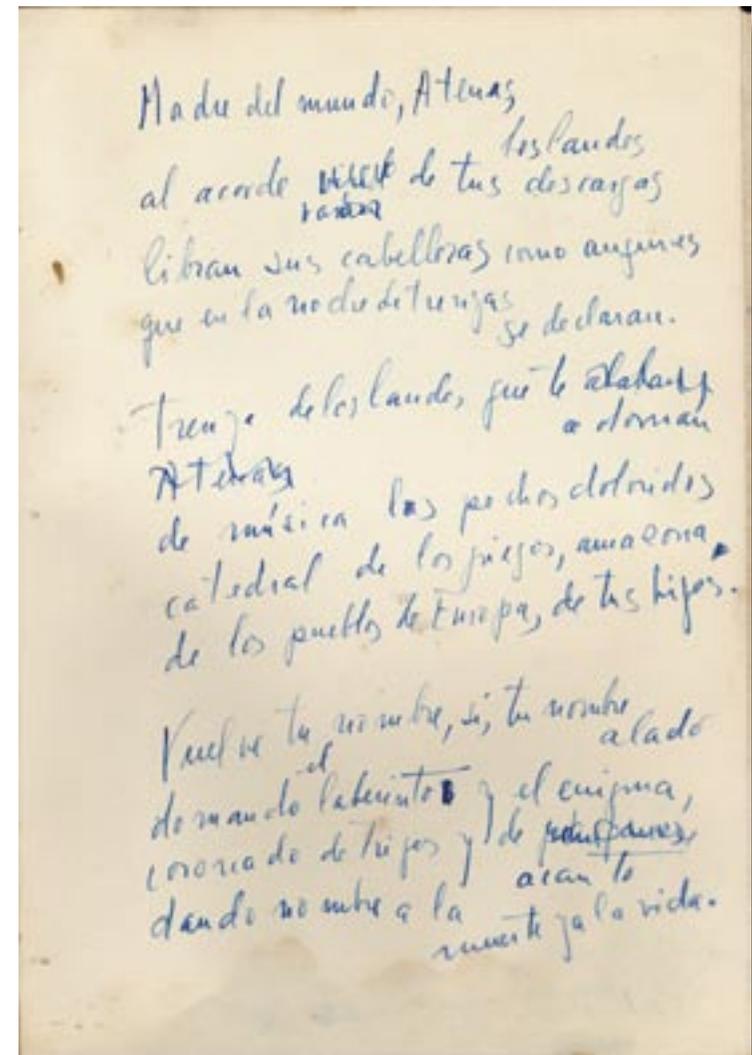
Espero tu victoria como espero
 volver a tus confines españoles,
 también de oliva y uva
 y de sereno
 crecer de soledades y canciones.

Deja que te pronuncie ~~adelante~~
 en estos días
 de dolor y de guerra y de esperanza
 sagrado nombre
 de la diosa antigua
 Atenas del aceite y de la hogaza.

Espero tu victoria como espero
 volver a tus confines españoles,
 también
 Atenas
 también de oliva y uva
 y de sereno
 crecer de soledades y canciones.

Hecho en la ciudad de Madrid a 11 de Mayo de 1808
 Juan Manuel de Lara

Madre del mundo, Atenas,
 los laudes
 al acorde varón de tus descargas
 libran sus cabelleras como augures
 que en la noche de trenzas
 se declaran.
 Trenza de los laudes, que te adornan
 de música los pechos doloridos
 catedral de los griegos, amazona
 de los pueblos de Europa, de tus hijos.
 Vuelve tu nombre, si, tu nombre
 alado
 domando el laberinto y el enigma,
 coronado de trigos y de acanto,
 dando nombre a la muerte y a la vida.



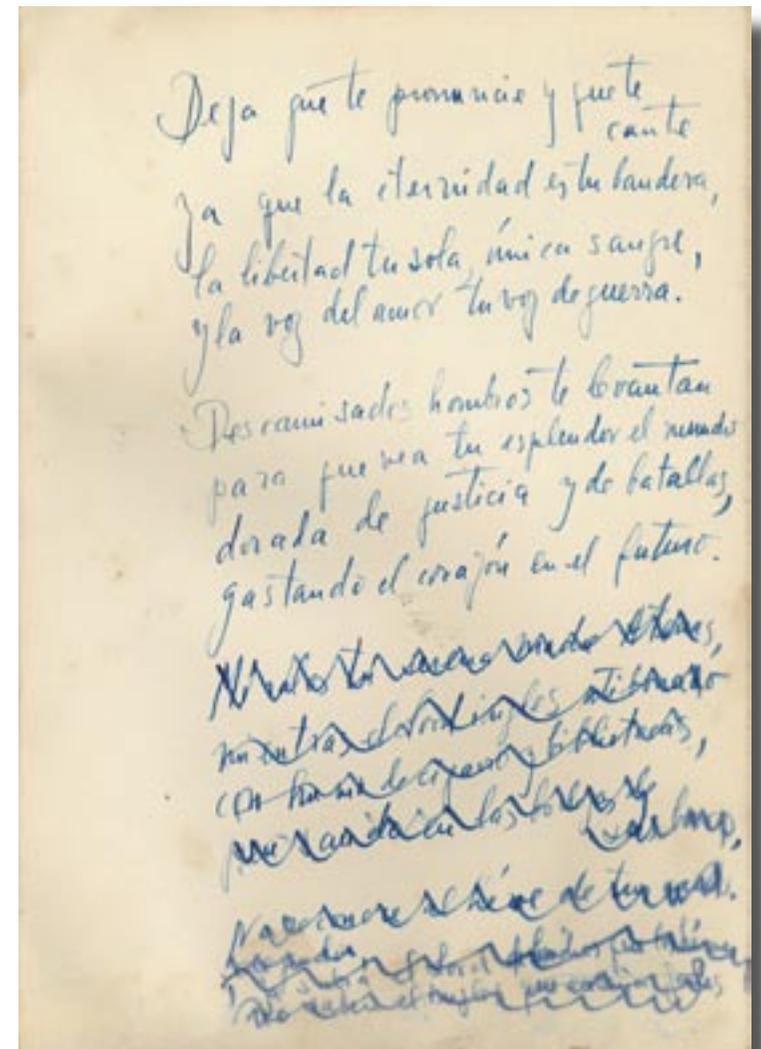


Deja que te pronuncie y que te

cante

Ya que la eternidad es tu bandera,
la libertad tu sola única sangre,
y la voz del amor tu voz de guerra.

Descamisados hombros te levantan
para que vea tu esplendor el mundo
dorada de justicia y de batallas,
gastando el corazón en el futuro.



¡Oh madre Atenas, madre venerable,
colmena de la gloria merecida
por los aedas y los capitanes,
prado del alma, Atenas,

Madre mía!

Un viento de podridas certidumbres
acosa tus riberas desoladas
y unas amarillentas latitudes
de mala niebla por tu sol avanzan.

Mastines y mastines doctorados,
buscan tu corazón de verde aurora
para curar su curar en tus lozanos
ríos de juveniles alas voladoras.

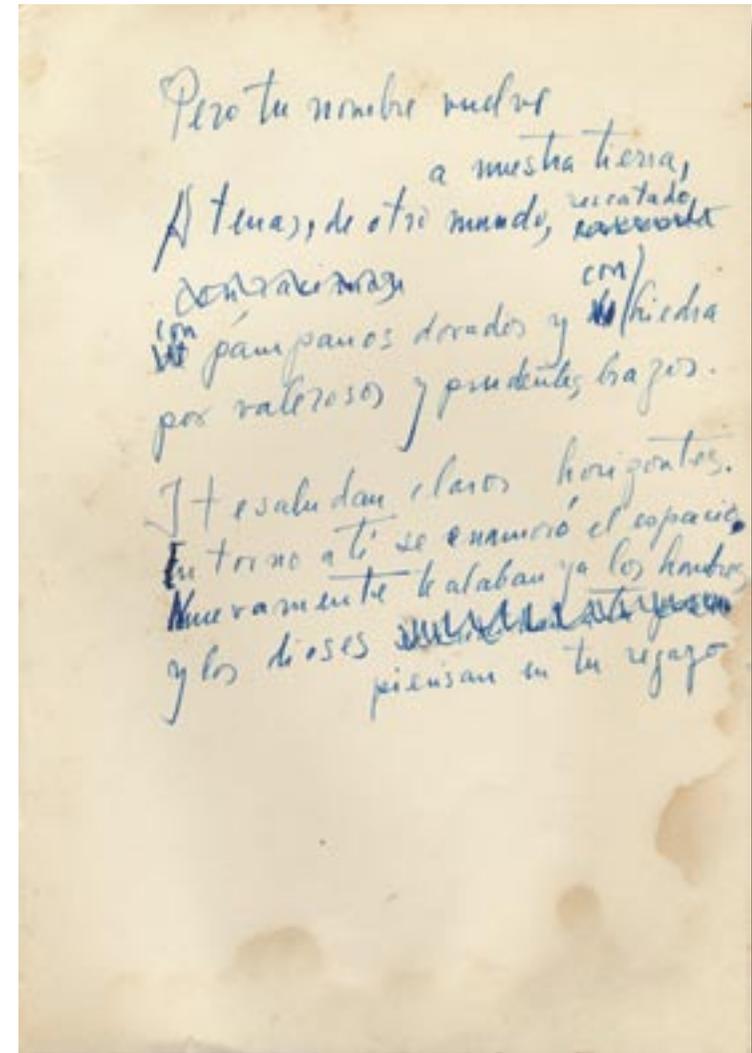
¡Oh madre Atenas, madre venerable,
colmena de la gloria merecida
por los aedas y los capitanes,
prado del alma, Atenas,
Madre mía!

Un viento de podridas certidumbres
acosa tus riberas desoladas
y unas amarillentas latitudes
de mala niebla por tu sol avanzan.

Mastines y mastines doctorados,
buscan tu corazón de verde aurora
para curar su curar en tus lozanos
ríos de juveniles alas voladoras.

Pero tu nombre vuelve
a nuestra tierra,
Atenas, de otro mundo, rescatado
con pámpanos dorados y con hiedra
por valerosos y prudentes brazos.

Y te saludan claros horizontes.
En torno a tí se enamoró el espacio.
Nuevamente te alaban ya los hombres
Y los dioses piensan en tu regazo.



REAL ACADEMIA

GALEGA

